PROF. G. C. BARAVELLI

DE LA R. UNIVERSIDAD DE ROMA

EL ULTIMO BALUARTE DE LA ESCLAVITUD





LA ABISINIA

Prof. G. C. BARAVELLI
DE LA R. UNIVERSIDAD DE ROMA
EL ULTIMO BALUARTE DE LA ESCLAVITUD
LA ABISINIA
SOCIETÁ EDITRICE DI "NOVISSIMA,, ROMA 1935 A. XIII

ÍNDICE

ABISINIA Y LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

La prensa inglesa contra la admisión de Abisinia en la Sociedad de las Naciones - Los horrores del esclavismo denunciados por la West-minster Gazette - Un alarma del New York Herald sobre las miras inglesas en Abisinia. La tesis de la West África: « Abisinia se reforma o perderá su independencia » - Una discusión en la Cámara de los Comunes sobre la esclavitud - Una declaración de Lord Curzon - La discusión en Ginebra - La oposición de Inglaterra - La benévola actitud de Italia - A qué condiciones fué admitida Abisinia en la Sociedad de las Naciones.

Los defensores de Abisinia gustan recordar con particular insistencia que Etiopía forma parte de la Sociedad de las Naciones, con todos los derechos de un Estado soberano, pero dejan en la sombra las condiciones que se pusieron a su admisión. Es una historia instructiva.

La primera tentativa de Etiopía para ser acogida en el seno de la Sociedad de las Naciones data de 1919. Pero su aspiración se estrelló contra la irreductible oposición de Inglaterra y de algunos de sus Dominios.

Tres años después Etiopía volvió a ensayar y otra vez se le opuso toda la prensa y toda la opinión del Reino Unido. Eminentes hombres políticos y diarios influyentes se lanzaron con singular vehemencia contra ese pedido que, a su juicio, contrastaba abiertamente con los principios, los usos y las costumbres de la civilización. Inició el fuego la Westminster Gazette con una serie de artículos impresionantes, que formulaban tremendas acusaciones contra el gobierno de la emperatriz Zaoditu y contra el príncipe regente, Tafari Makonnen. Extremadamente sombrío era el cuadro de la situación de Etiopía que el diario presentaba: a La anarquía más completa reina en Etiopía. Cada ras, o gobernador local, es dueño absoluto y puede permitirse impunemente toda suerte de devastaciones, de engaños y de pillajes. La autoridad del regente no alcanza más allá de la capital. Enteras regiones están sometidas a los bandidos y a los cazadores de esclavos. Donde en el pasado vivían prósperas poblaciones agrícolas, hoy reinan la desolación y la esterilidad. La corrupción de las autoridades en vasta escala es el único medio de que disponen los extranjeros para tratar con el gobierno o con los indígenas. Cada vez que se quiere ir de un distrito a otro, se necesita un pasaporte. Penas horribles, propias de los tiempos más remotos, todavía se hallan en vigor, y se las aplica a menos de que se compre a precio de oro eso que allí se llama justicia. Para castigar el más pequeño robo, se le corta al culpable la mano derecha y el pie izquierdo, en presencia de todo el pueblo. Un desgraciado fué ahorcado porque se había llevado unas naranjas de la cocina de la emperatriz. En los días de mercado, cuerpos humanos colgados de las horcas constituyen uno de los espectáculos acostumbrados en Addis Abeba, la capital. El castigo por cualquier delito, significa la muerte, porque no menos de 150 presos se amontonan en calabozos de 13 por 16 metros.

"La Gran Bretaña no debería esforzarse mucho para hallar motivos que justifiquen su intervención, si finalmente se resolviera a combatir la miseria y el desorden del país. La esclavitud y la trata serían más que suficientes. Los esclavos son cazados hasta dentro del círculo de la Legación inglesa, y de allí arrastrados a una perpetua servidumbre ".

Esta campaña, que en sí misma era justa, alarmó a la prensa francesa, y particularmente al *Bulletin de l`Afrique Francaise*, que sospechó de parte de Inglaterra el designio de « una intervención armada a raíz de algún desorden local ».

Más explícita fué la prensa americana. El New York Herald formuló esta pregunta : « ¿ Es posible que Inglaterra mire codiciosamente a Etiopía? En los principales diarios ingleses se bosqueja claramente una campaña dirigida a demostrar la necesidad de una intervención extranjera en ese país. ¿Se está buscando, acaso, un pretexto parecido al que se encontró para justificar la ocupación del Egipto ? » Y agregaba: « Los recursos naturales de la Etiopía están intactos, y son muy superiores a los del Egipto o de la Mesopotamia. Su posesión, aunque fuese bajo forma de protectorado, daría una seguridad mayor al Sudán y al Este Africano inglés y favorecería, al mismo tiempo, las miras de Inglaterra sobre el Alto Egipto ».

Las sospechas de la prensa americana no eran infundadas, puesto que a la Westminster Gazette se asociaban *el Times y la gran revista colonial West África. Esta formulaba, sin más, la necesidad de que Etiopía entrara « en la esfera de influencia británica ». En cualquier forma, « Es interés urgente de todas las Potencias que tienen relaciones con África, y particularmente

de Inglaterra, que la Etiopía cese de devastar las regiones vecinas y que proceda sin tardanza a valorizar y explotar sus inmensas riquezas. Si la Etiopía no puede o no quiere plegarse a estas reformas, será necesario recurrir a métodos de intervención y de protección. Etiopía perderá su independencia ».

Entre tanto, como remedio de urgencia, se proponía obligar al Negus a aceptar un verdadero control inglés. Sir Federico Lugard, antiguo gobernador general de la Nigeria y vice presidente de la “Abyssinian Corporation”, habría debido asumir el alto control del gobierno y de la administración de la Etiopía en calidad de consejero del Negus. ¿Pero podían aceptar las otras Potencias una solución de este género? Si se determinaban oposiciones, y el caso era más que probable, una comisión compuesta de los representantes de Francia, Italia, Inglaterra y Norte América, habría debido visitar la Etiopía, y si hubiese constatado realmente los desórdenes denunciados por la prensa inglesa, habría debido efectuar un paso colectivo ante el gobierno etiópico en nombre de las cuatro potencias para significarle que si no cesaban inmediatamente la trata de esclavos y las incursiones, “ la Etiopía habría marchado fatalmente hacia la pérdida de su independencia ».

En aquellos mismos días, un eminente hombre político inglés, Sir Sidney Oliver, sugería, para el caso de resistencia de parte de la Etiopía, la aplicación del boicott económico.

En esta atmósfera de encendidas polémicas, en septiembre de 1922 la Sociedad de las Naciones quedaba oficialmente investida de la cuestión de la esclavitud en la Etiopía, mediante una moción presentada por el delegado de Nueva Zelandia, Arturo Steel. No importa ahora examinar las razones debido a las cuales la moción fué aplazada. Suspendida en Ginebra, la cuestión de la esclavitud fué promovida clamorosamente el 30 de julio de 1923 en la Cámara de los Comunes y de los Lores. En medio del asombro unánime, el marqués Curzon, Ministro de Relaciones Exteriores, contestando, en la Cámara de los Lores, a una interrogación del conde Beauchamps concerniente a la trata de esclavos, declaró con pesar que el ministro británico en Addis Abeba había preguntado oficialmente al príncipe Tafari Makonnen si estaba dispuesto a aceptar la cooperación de la Sociedad de las Naciones para combatir la esclavitud, y que el regente había contestado negativamente.

Las protestas y la indignación suscitadas por las declaraciones del marqués Curzon fueron tan vivas que parecieron, en un momento dado, anunciar alguna acción decisiva, de parte de las potencias, con respecto a Etiopía. El gobierno de Addis Abeba se alarmó, y ante el peligro que aparecía probable, trató de salvarse mediante una acción audaz: pidió, sin más, su admisión en la Sociedad de las Naciones.

El 12 de agosto de 1923 el secretario general de la Sociedad de las Naciones, sir Eric Drummond, recibió formal pedido del gobierno de Addis Abeba. El documento, firmado por el príncipe regente, invocaba a Dios, el Evangelio de Cristo, la solidaridad entre los pueblos y las hijos del hombre, la verdad, la lealtad. “Estos principios son precisamente los que convienen a una nación que ha sido, en todo tiempo, firmemente cristiana. El afán perenne de nuestro gobierno cristiano es el de gobernar al pueblo en la paz y en la tranquilidad y de promover la prosperidad del país”.

La delegación etiópica llegó a Ginebra el 6 de septiembre de 1923. Aun antes de que se iniciara la discusión ante la comisión para la admisión, el representante de Inglaterra pidió que, no obstante toda otra convención internacional, el gobierno etiópico se comprometiera a no permitir la importación, en su territorio, de armas y de municiones en medida superior a una cantidad determinada, que debía establecerse mediante un acuerdo entre los Estados limítrofes. Esa cantidad no debía superar el número de 500 fusiles por año. La propuesta, que tendía, de hecho, a abrogar el artículo 5 del tratado de comercio y de amistad anglo-etiópico de mayo de 1897, no fué aprobada debido a la intervención del delegado francés De Jouvenel, quien sostuvo el derecho de Etiopía a poseer armas te con el fin de luchar contra los mercaderes de esclavos y de asegurar el orden interior ».

El 19 de septiembre tuvo lugar la discusión en sesión plenaria. El representante de Inglaterra, Wood, no se dio por vencido. Con ordenada dialéctica, resumió los argumentos de la prensa de su país, insensible a todo consejo de moderación o de benévola espera. A él se le asoció Nansen, que recordó su largo apostolado en defensa de la civilización. Decididamente hostiles se demostraron Suiza y los Países Bajos. La defensa estuvo a cargo del representante de Francia, preocupado, sobre todo, por las miras inglesas sobre la Etiopía. Nadie ignoraba

que Inglaterra aspiraba a poner a Etiopía bajo su control directo, mediante el envío, ante el gobierno de Addis Abeba, de un funcionario inglés que de hecho asumiera el gobierno y la administración del país. Inspirada por la confianza en el porvenir y por la benevolencia fué la actitud del representante de Italia. Entre las tendencias opuestas, el conde Bonin Longare dijo palabras de moderación. No está de más referir la conclusión de su discurso. « El Consejo no duda de que el gobierno etiópico aceptará los requerimientos que se le dirigen con franqueza y lealtad, con esa lealtad que consiste, en primer lugar, en saber medir la propia capacidad para mantener los compromisos que se asumen. No cabe duda de que el gobierno etiópico apreciará la ayuda que puede ofrecerle la Sociedad de las Naciones en la lucha contra la esclavitud y se preparará, así, a ser, en el centro del África, un pionner activo y eficaz de la civilización ».

Tales las premisas, tales las condiciones que hicieron posible la admisión de Etiopía en la Sociedad de las Naciones. Y no ha de creerse que tales condiciones se quedaran en genéricas, pues, por lo contrario, cobraron forma y sustancia concreta en cláusulas bien precisas, votadas por la asamblea el 28 de septiembre de 1923. Dichas condiciones fueron formuladas en términos muy claros, en tres proposiciones que no admiten equívoco:

1o - Etiopía se adhiere a las obligaciones establecidas por el artículo 11, inciso 1, de la Convención firmada en San Germán el 10 septiembre de 1919.

2o - Etiopía, respetuosa del régimen actualmente establecido en cuanto concierne a las armas y municiones, se compromete a uniformarse a los principios enumerados en la Convención relativa al control del comercio de armas y municiones y al protocolo relativo firmado en San Germán, y especialmente al artículo 6.

3o - Etiopía está y sigue dispuesta a suministrar al Consejo todas las informaciones que se le pidan y a tomar en consideración todas las recomendaciones que el Consejo podrá dirigirle acerca del cumplimiento de estos compromisos, que reconoce de pertinencia de la Sociedad de las Naciones.

Entre estas tres condiciones, la más importante es ciertamente la primera, que se refiere al inciso 1 del artículo 11 de la Convención de San Germán. Convendrá citar su texto exacto:

Las Potencias firmantes continuarán vigilando sobre la conservación de las poblaciones y sobre el mejoramiento de sus condiciones morales y materiales.

En manera particular, se esforzarán en el sentido de asegurar la supresión de la esclavitud en todas sus formas y de la trata de negros, en tierra y por mar.

CINCUENTA MIL LEPROSOS EN LIBERTAD

La mortalidad infantil - Los estragos de las epidemias - No existen médicos y faltan medicamentos - Ninguna higiene - La limpieza de las calles se deja a los perros y a las hienas - El analfabetismo y la falta de escuelas - Episodios de xenofobia denunciados a la Sociedad de las Naciones.

¿ En qué medida ha cumplido el gobierno de Addis Abeba los compromisos solemnemente contraídos ante la Sociedad de las Naciones? Nadie ha pretendido que hiciera desaparecer en pocos años la espantosa miseria moral y material que aqueja a esas poblaciones; pero todos tenían el derecho de esperar que ofreciera una demostración de buena voluntad. Hay medidas de naturaleza elemental que requieren poco tiempo y medios muy modestos, y son las que se refieren a la higiene y la supresión de usos y costumbres crueles. Se dice que la autoridad del Negus no puede hacerse sentir en todas partes, en un país tan vasto, y esto es verdad. Pero, ¿y en Addis Abeba y en las regiones circundantes?

En todos los tiempos las epidemias han causado estragos en Abisinia. La absoluta falta de medidas higiénicas, el pauperismo, las continuas guerras entre las tribus, las carestías, las prácticas horrendas de los brujos han diezmado a esas desventuradas poblaciones, " La mortalidad infantil — escribe el doctor Ernesto Collombet en un libro reciente, L'Ethiopie moderne, Dijon, J. Belvet, 1935 — es aterradora; las sífilis causa devastaciones en todas partes, y la lepra, este antiguo flagelo, está difundida en toda la Abisinia, a pesar de la acción admirable de los religiosos franceses e italianos que luchan, no sin éxito, contra esta terrible enfermedad. Los leprosos abisinios son, en su mayoría, afectos de la forma tuberculosa o lepra leonina. Sus miembros y sus rostros se presentan cubiertos de tubérculos que se pudren con un aspecto y un olor repugnantes; las ulceraciones de la boca y de la nariz desfiguran de manera inverosímil la cara, que la hinchazón de la piel, la nariz ensanchada y achatada, los labios abultados, han inducido a denominar « leonina », como recuerda el doctor Merab en un libro sobre la Etiopía. Hay también otra forma de lepra llamada « anestética », que se anuncia con dolores tremendos y termina dando una insensibilidad casi absoluta, tanto que a los afectos de ella se les pueden carbonizar las manos sin que lo sientan. La Etiopía es uno de los principales centros de esta espantosa enfermedad, y se calcula en cincuenta mil el número de los leprosos diseminados en todo el imperio ».

Esta enfermedad es terriblemente contagiosa, como quedó demostrado en una sesión del 5 de febrero de 1934 de la Academia de las Ciencias de París, presidida por el profesor Carlos Richet, que presentó, sobre el argumento, una nota del doctor Féron, de Harrar. A pesar de ello, ninguna medida ha sido tomada por el gobierno de Addis Abeba para evitar el contagio, por lo menos en los centros principales. « La inmensa mayoría de estos infelices — escribe el doctor Collombet — vive libremente en los centros habitados, se arrastra mendigando por las calles, mostrando sus muñones informes, corroídos por el mal, cubiertos de moscas asquerosas atraídas por las pústulas de la piel que se escama ».

« La Sociedad de las Naciones — observa el autor del libro recordado, que es, sin duda, el más favorable a Etiopía entre cuantos han sido publicados durante los últimos años — debería intervenir, obligando al gobierno de Addis Abeba a internar a los leprosos y a curarlos con los medios sugeridos por la ciencia. Centenares de médicos se necesitan en Etiopía para combatir los tantos flagelos que destruyen sus poblaciones. Es indudable que el gobierno etiópico no podrá en mucho tiempo transformar la higiene del país y luchar eficazemente contra tantas enfermedades. No existen médicos, y la falta de medicamentos complica mayormente las cosas. No obstante los esfuerzos de las misiones, nada existe todavía desde el punto de vista sanitario ». Las únicas organizaciones sanitarias existentes son un hospital francés en Harrar, algunos dispensarios suecos y la gran clínica italiana de Addis Abeba.

La absoluta falta de toda higiene y de las más elementales medidas de policía facilita las epidemias y los contagios. En la mayor parte de los centros de la Etiopía no existe ningún servicio de limpieza urbana. En Addis Abeba, ciudad de cien mil habitantes y capital de un imperio, no existen retretes públicos. Y tampoco particulares, si se exceptúan, se entiende, los de las casas de europeos. Al respecto es interesante leer el libro, tan pintoresco, Chez le Roi

des Rois d'Ethiopie del profesor Henri Rebeaud, que enseñó durante tres años en el liceo Tafari de Addis Abeba.

La limpieza de las calles es trabajo que se deja a los buitres, a los chacales y a las hienas. En un libro de una ilustre escritora francesa, la condesa De Jumillac, L'Éthiopie moderne, se leen atestiguaciones de este género: «En Addis Abeba se degüellan muchos bueyes y muchos carneros. ¿Pero qué se hace con los desperdicios? En los sitios donde se mata a los animales, una cantidad de « charognards » se encarga de la limpieza. Es el primer servicio de limpieza. Por la noche las hienas y los chacales se encargan del segundo servicio. Llegan hasta el centro mismo de la ciudad a recoger todo lo que se pudre y se descompone. Cerca de los despachos de carne hay siempre gran número de perros. Son los principales funcionarios de la limpieza urbana ». Durante un viaje a través de la Etiopía, en 1932, el doctor Collombet comenta: « he podido constatar personalmente la verdad de estos hechos ».

Algo se ha hecho, especialmente en Addis Abeba, para favorecer la instrucción, a impulsos de las Misiones y de las Legaciones. También las escuelas fundadas por el gobierno etiópico, debían demostrar, principalmente, a la Sociedad de las Naciones la buena voluntad, de parte del Negus, en el sentido de encaminar al país hacia formas civilizadas. ¿Con qué resultados? Lo dice el doctor Mareb en un libro, Impressions d'Éthiopie, publicado en 1927. «En este primer cuarto del siglo xx es ya mucho si en Etiopía, sobre cada cien hombres, diez saben leer y escribir; los más saben leer y no escribir corrientemente. Según informaciones mías personales y seguras, hay tres ministros que no saben leer ni escribir, y dos que apenas saben escribir sus nombres ».

Las mujeres no analfabetas pueden contarse con los dedos: apenas una por mil. Rarísimas son las familias ricas que escrituran a algún sacerdote para la instrucción de sus hijas. Según una superstición muy difundida en el pueblo, el marido de una mujer que sabe leer tiene vida corta, « Un abisinio de mi conocimiento — narra el doctor Mareb — a quien había yo preguntado por qué no hacía instruir a su única hija, me contestó : — i Pero de dónde saco el dinero necesario para pagar a un maestro que le enseñe a mi hija y a un eunuco que vigile al maestro? ».

Una palabra sobre la propiedad. En 1769 el explorador Bruce así definía el estado de la propiedad en Etiopía: « Las concesiones perpetuas son desconocidas en Etiopía: todas las tierras del Imperio pertenecen al rey ». Después de un siglo y medio, este estado de cosas sigue lo mismo. Toda la tierra pertenece al negus, que goza del derecho de confiscación, absoluto e intangible. En caso de confiscación, no se puede promover ningún pleito contra el negus, ni ante los tribunales civiles, ni ante los tribunales religiosos.

A raíz de la famosa ley contra los extranjeros, estos no pueden poseer ningún terreno en Etiopía. En 1910 un edicto imperial estableció que los extranjeros pueden aspirar únicamente a la propiedad de los edificios y que los terrenos sobre los cuales están construidos los inmuebles pertenecen al Estado y no pueden, en ningún caso, ser enajenados.

Se debe a esta ley xenófoba si hasta ahora ha sido imposible todo progreso económico y social. Dos datos significativos, entre tantos otros, lo demuestran. El comercio exterior de la Etiopía representa un valor de alrededor de 200 millones de liras al año, o sea es muy inferior al comercio de la colonia Eritrea, ocho veces más pequeña. La superficie cultivada con trigo es apenas de 100.000 hectáreas en toda la Etiopía, mientras que se calcula que la superficie susceptible de este cultivo puede oscilar entre los 5 y los 6 millones de hectáreas.

El clero copto, muy poderoso y ferozmente xenófobo, posee una tercera parte del territorio y hace imposible todo cultivo racional.

Todo desarrollo económico y social de la Etiopía está subordinado al aporte de capitales europeos garantizados por la propiedad del suelo, sin la cual nunca podrá iniciarse ninguna empresa seria. Miembro de la Sociedad de las Naciones, Etiopía no puede substraerse al deber de acordar a los países con los cuales está asociada en Ginebra, iguales prerrogativas de que goza en esos países mismos. Se trata de elemental reciprocidad.

La xenofobia abisinia asume, a veces, formas de provocación realmente intolerables. De ellas habla difusamente el barón Romano von Procházka, ciudadano checoeslovaco, en un libro reciente: La Abisinia, peligro negro, publicado en Viena por la Casa Saturn.

Todos recuerdan la agresión que sufriera hace cuatro años el Ministro de los Estados Unidos en las calles de Addis Abeba. El Ministro, que se hallaba en su automóvil, que

ostentaba la bandera de su país, y que por lo tanto, según lo que establece el derecho internacional, se encontraba en un lugar extra-territorial, fué obligado violentamente a descender por la policía y luego apaleado.

También otros miembros del cuerpo diplomático han sido a menudo insultados y ofendidos en sus derechos extra-territoriales. La misma esposa del Ministro de Alemania, Sr. Weiss, fué insultada y golpeada por policías y particulares etíopes.

La noche del 18 de diciembre, un grupo de señoras y de señores belgas, entre los cuales también se encontraba el vice cónsul belga, estaba reunido en el restaurant « Mavrikos » en la plaza de la Estrella de Hailé Selassié I de Addis Abeba. Un grupo de jóvenes abisinios, vestidos a la europea, seguido por el acostumbrado acompañamiento de indígenas, se pusieron a gritar contra los huéspedes, obligándolos a abandonar el local, sin que la policía interviniera. Las señoras fueron insultadas con el epíteto de « mujeres públicas ».

« Yo mismo — dice el barón von Procházka — abogado y defensor de muchísimos mandatos de varias nacionalidades en Addis Abeba, envié, el 20 de diciembre de 1932, al Secretario general de la Sociedad de las Naciones a Ginebra, y asimismo a los representantes diplomáticos y consulares de Addis Abeba, una memoria en la que, después de un elenco cronológico de los mayores incidentes, exponía que el orden y la seguridad pública vienen siendo cada vez más comprometidos por la misma policía etiópica, que en los muchos incidentes deplorables acaecidos durante los últimos meses la policía obró contra las disposiciones de la jurisdicción consular vigente y en manera arbitraria. Deploré también el hecho de que la policía se permita poner manos en los europeos y herirlos, o bien asistir inactiva a las agresiones de los indígenas contra los blancos. En consecuencia, propuse que se constituyera una policía internacional de las Legaciones, del tipo de la policía inglesa del Cairo.

« Completé esta memoria el 23 de enero de 1933 y se la envié al decano del cuerpo diplomático. En una protesta dirigida al imperial ministro etiópico del Interior, Dedschasmatsch Makonnen, en febrero de 1934, llamé particularmente su atención sobre el hecho de que la policía abisinia, deficiente e ignorante de sus propios deberes, era la que turbaba la paz y el orden público con sus excesos y con sus arbitrariedades. Otra memoria, que redacté en enero de 1935, y que envié al Secretario general de la S. de las Naciones, a las autoridades interesadas y a la prensa europea, contiene una descripción precisa de la situación amenazadora que reina en el Imperio del Negus ».

Ilusiones. Ninguna justicia existe en Abisinia para los extranjeros. Decisiva es la constatación hecha directamente por el doctor Collombet y referida en su ya citado libro. « Las cuestiones entre europeos y etíopes son de competencia de un tribunal especial. El 10 de junio de 1922 el ras Tafari, en nombre de la emperatriz Zaoditu, inauguró en Addis Abeba el vasto edificio destinado a contener el Tribunal mixto. Este tribunal funciona regularmente. Pero las legaciones se quejan de no poder obtener jamás la ejecución de las sentencias de esta jurisdicción, cuando los europeos ganan los pleitos ».

EL DESIERTO EN EL DESIERTO

Por qué no se cultiva la tierra - Vejámenes y rapiñas contra los colonos - La usura - Expediciones punitivas - Poblaciones diezmadas - El hambre homicida - Repugnantes y bárbaras costumbres reveladas por el explorador Wilfred Thesiger en el « Geographical Journal » - El más horrible de los suplicios, mandado aplicar por el actual Negus cuando era regente - El sistema penal abisinio -Se amputan los dedos de las manos - Presos encadenados y sin alime7itos - La suerte de los deudores.

Son documentaciones graves. Pero esta absoluta falta de autoridad de parte del gobierno es la causa principal de la inaudita miseria en que se hallan sumidas las poblaciones, del abandono en que se dejan tierras fertilísimas. A este respecto, resultan impresionantes las constataciones de un escritor francés, André Armandy, quien en un libro muy concienzudo sobre la Etiopía, La désagréable partie de campagne, demuestra que la responsabilidad del hambre y de la carestía crónica debe atribuirse al gobierno central. Si un colono se propusiera cultivar un pedazo de tierra, nadie, ciertamente, se lo prohibiría. Pero llegado el día de la cosecha, vería llegar los soldados de algún ras local que, después de devorar toda suerte de provisiones, le sacarían el diezmo del trigo segado, un diezmo triple, es decir, el treinta por ciento. « Luego llegará el clero, a recoger la parte que se le debe a la iglesia, luego el *choum*, o jefe de la circunscripción, y por fin el jefe de policía del distrito. Cada uno de estos se corta su tajada, no según las disponibilidades, sino según lo que le dicte la propia avidez. Y cuando todos estos parásitos se hayan marchado, dejando al pobre cultivador espigando en su campo devastado, pasarán soldados, en marcha contra alguna provincia cercana, que arrebatarán los últimos restos de la cosecha y apalearán hasta sacarle sangre al temerario colono si se atreve a protestar. He aquí por qué provincias enteras, antes cultivadas, hoy permanecen desiertas. He aquí por qué el Kaffa, una de las tierras más fértiles del mundo, donde el café, el te, el algodón, crecen naturalmente, hoy es un terreno árido, invadido por la vegetación dañina, la que los indígenas llaman selva mala, que ni siquiera sirve para alimentar el fuego ».

No termina aquí el martirio de estos desventurados colonos. Saqueados, empobrecidos, recurren al crédito para no morirse de hambre. Hay siempre algún soldado dispuesto a prestarles unos taleros al interés del cien o del doscientos por ciento. Con el dinero obtenido a crédito de este modo, el colono saqueado, a menudo apaleado, compra un poco de trigo o de " dura ». Pero al vencer el plazo, no puede pagar. ¿Qué sucede, entonces? El acreedor, que tiene la fuerza de las armas y el apoyo de las autoridades locales, lo arresta, a menudo lo rapta, y lo pone en la cárcel. La prisión por deudas comporta cadenas a los pies y a las manos. El mantenimiento del preso está a cargo de la familia. Pero ésta no tiene casi nunca qué comer. Si quiere impedir que su allegado se muera de hambre, tiene que libertarlo. Así organiza su evasión, a la que toma parte todo el " clan ». Al día siguiente, toda la población de la aldea donde se presume que el evadido se ha refugiado, debe ser castigada. Es un cómodo pretexto para organizar una incursión. Con el consentimiento del ras del lugar, que se asume el papel de tutor del buen derecho y del orden, los soldados parten en masa hacia la aldea designada. « Los nómades — escribe Rebeaud — huyen a los primeros repiqueteos de la ametralladora abisinia. No se hallan en grado de oponer resistencia. En la aldea los abisinios no encuentran más que tres niños, a los que matan con la culata del fusil, media docena de viejas, a las que destripan, y un poco de ganado que se llevan consigo. En realidad, su objeto era el ganado. Se lo reparte entre los soldados, el jefe de la expedición y el Negus J>.

Espantosas son las consecuencias demográficas de estas expediciones punitivas y de estas « razzias ». Hacen el desierto en el desierto. Una revista francesa, Le cri du jour, en su número del 20 de julio de 1935, refería cifras que conmueven profundamente la conciencia humana:

« En 1882, Menelik II destruyó a los Galla Arussi. El secretario particular del Negus, Haleca Gabré Sellassié, así compendia los resultados de la acción en su memoria: " Ni un solo Galla ha podido escapar, habiendo sido perseguidos hasta la extremidad del territorio de los Tailalé, rodeados y exterminados. 65.512 vacas fueron confiscadas y las tierras fueron distribuidas entre los ras, que las convirtieron en propiedades hereditarias ».

« En 1887, destrucción del emirato de Kunar, que se convierte en feudo personal del emperador de Abisinia.

« En 1894, tócales a los Uallama. El ya recordado secretario de Menelik escribe: “ 118.987 Uallama fueron exterminados; el ejército se apoderó de una enorme cantidad de ganado, y la parte del botín de S. M. el Negus fué de 56.000 cabezas de ganado, que fueron enviadas immediatamente a Addis Abeba ».

« En 1897, oceupación del reino independiente de Kaffa, de fertilísimo territorio. Su población se calculaba en 1.500.000 habitantes. Hoy sólo quedan 20.000.

“ Otro tanto por lo que se refiere a los Chimira, que, según el viajero suizo Montandon, durante quince años de dominación abisinia, han perdido el 80 por ciento de su población.

« Los Charra y los Naos han desaparecido totalmente, a fuerza de ser diezmados en innumerables “ razzias » de esclavos.

« Desde 1895 a hoy los Burguis han bajado de 200.000 a 15.000.

« Lo mismo puede decirse de veinte pueblos más, cuyas poblaciones han sido reducidas a nada ».

Van recorriendo vastas regiones tribus nómadas que no logran saciar su hambre, que viven de un puñado de “ dura » cruda y de un poco de la leche de sus flacas cabras. Cuando se les acaba la “ dura », matan a las cabras y se las comen, después se aprietan el cinto, en espera de la muerte.

Simplemente inhumanas son las consecuencias de esta miseria material, de este hambre secular, “ Los hombres del desierto — escribe Rebeaud — se hallan en estado de guerra permanente. La guerra es una necesidad cotidiana. En un país semejante el mínimo aumento de población tiene un solo significado : el hambre. Cada niño que nace tiene que hacer desaparecer a un hombre. El que mata en la tribu vecina aumenta las posibilidades de vida en la propia. No exagero y doy las pruebas de lo que digo. La costumbre de estas regiones, especialmente en el desierto sómalo, establece que un joven, para tener el derecho de casarse, debe haber matado por lo menos a un hombre. He indagado las razones de esto, y se me ha contestado, con la mayor sencillez: — Hay demasiadas familias. Para fundar una familia nueva, es preciso, en primer lugar, hacer desaparecer otra vieja ».

Las mismas observaciones hizo el doctor Collombet. “ Con frecuencia se ven en las aldeas sómalas guerreros que ostentan en el brazo brazaletes de cobre o de plata. Cada uno de estos adornos representa un hombre muerto o asesinado. Un somalí se gloriará siempre de haber matado niños, mujeres, viejos, individuos indefensos ajenos a su tribu. Los jóvenes deseosos de casarse encontrarán con mayor facilidad una novia cuanto mayor sea el número de los asesinatos que hayan cometido. En este país el asesinato voluntario y premeditado está elevado al grado de institución ».

Este estado de guerra permanente perpetúa y agrava usos crueles, costumbres repugnantes, que nuestra mentalidad no logra ni siquiera concebir o querría confinar en el mundo de lo fabuloso.

En cambio, pertenecen al mundo de la exploración y de la ciencia. He aquí la atestiguación de un famoso explorador, Wilfred Thesiger. Hijo de un empleado de la legación británica en Abisinia, dedica a ese país un interés hereditario. En el invierno 1933-34 realizó una excursión en el país de Aussa, entre los Dankalos, en busca del misterioso río Auash, del cual se sabe que no llega al mar. En una conferencia pronunciada en la Real Sociedad Geográfica de Londres, y publicada en el Geographical Journal de enero de 1935, Thesiger narra las vicisitudes de su expedición, dándonos un cuadro tanto más impresionante, en cuanto se presenta muy medido y sereno, de las condiciones ultra bárbaras que reinan en algunas zonas de la Abisinia, y en las que el gobierno de Addis Abeba no ha introducido el más mínimo tono de vida civilizada.

El explorador pone eficazmente de relieve la naturaleza de estas poblaciones dankalas y el género de vida que llevan :

« La gran ambición de todo dankalo consiste en reunir mayor número de trofeos que su vecino. Castran, siempre, a los muertos, a los moribundos y a los prisioneros. No hay peligro de exagerar la importancia que los dankalos atribuyen a esta práctica de guerra. Se llevan a cabo expediciones con el solo objeto de reunir trofeos, pues la posición de un hombre en la tribu depende únicamente del número de sus trofeos. Cuando un dankalo ha llegado a tener diez

trofeos, sa ha ganado el derecho de llevar un brazalete de hierro. Un complicado sistema de condecoraciones revela sus hazañas a los contemporáneos y una fila de piedras ante su sepulcro trasmite su fama a la posteridad.

« El método más usado para registrar los homicidios es el de colgar del puñal o del fusil un pedazo de cuero, envuelto en lata, por cada trofeo. Nadie puede ostentar una cintura de colores, ni peine en los cabellos, ni puede decorar su puñal hasta que no haya matado por lo menos a un enemigo. Cuando haya matado dos, podrá perforarse las orejas. Para ser exacto, yo no he visto que ninguno llevara los testículos de sus víctimas colgados al cuello, como Nesbitt asegura que acostumbran hacer. Ellos niegan esta costumbre. Y no creo que la nieguen por pudor, dado que no tienen dificultad en reconocer que son capaces de despanzurrar a una mujer encinta para mutilar al hijo que lleva en el vientre. Pero los he visto llevar en torno de los pulsos los testículos de los animales muertos por ellos. Se persignan en la frente con la sangre de un animal degollado. Probablemente hacen lo mismo con la sangre humana ».

No puede decirse que usos tan bárbaros sean propios de las zonas desiertas, donde no puede hacerse sentir la autoridad del gobierno central. Hay un capítulo del volumen de Marcel Griaule, Les Flambeurs d'hommes, en el que se describe uno de los más horrendos suplicios a que pueda dejarse arrastrar la perversidad humana. Griaule no es solamente un escritor brillante; es un explorador y un sabio. En 1928-29 y en 1931-33 Griaule organizó dos misiones científicas a Abisinia, bajo los auspicios de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras, del Instituto de Etnología de la Universidad de París, del Museo de Historia Natural y de la Fundación Nacional para el Estudio de las Ciencias y de las Civilizaciones Extranjeras. En el Museo del Trocadero están expuestos 3.500 objetos recogidos por él durante esos viajes, además de un gran número de documentos adecuados para ilustrar las costumbres, la religión, la magia, la técnica, las artes de las poblaciones abisinias. Nos encontramos frente a un sabio de indiscutible seriedad y autoridad, que recorrió, a objeto de estudio, diez y ocho mil kilómetros, en medio de dificultades de todo género, para conocer este país, que él asegura amar con un amor “ profundo e indefectible ».

A pesar de ello, la verdad prevalece sobre cualquier otra consideración. Hay en su libro un capítulo, La mort par la mousseline, que es una revelación. No es posible reproducirlo integralmente, porque el horror impide satisfacer toda morbosa curiosidad. Se envuelve totalmente a un hombre con vendas de tela embebidas en cera y miel, luego se le aplica fuego mientras ocho eunucos armados con lanzas y horcas le impiden toda posibilidad de fuga. Asisten al suplicio miles de personas, toda la Corte ancabezada por el Soberano de la región, los dignatarios f condecorados con la orden de Salomón » y con « despojos viriles ». El príncipe es quien da personalmente la orden de enceder el fuego.

« El centro de la escena era el hombre fajado y humeante, sobre el cual se fijaban miles de ojos, y que en pocos instantes, no obstante la mordaza, se convirtió en una antorcha clamante que se debatía afanosamente, furiosamente, come un grupo de hienas hambrientas sobre un cadáver.

« Toda la energía de su cuerpo parecía habérsele refugiado en las piernas, ya fuese que se revolcara con todo su peso y su aullido a boca cerrada contra los verdugos que lo aislaban, ya fuese que saltara a alturas inesperadas para volver a caer al suelo como una columna de fuego.

« Los ocho eunucos lo empujaban a pinchazos de lanza en las nalgas y en los muslos, cuidando no causarle heridas mortales. Le hundían el hierro en las carnes y hacían fuerza sobre el asta, como barqueros durante una maniobra. Trabajaban con empeño y se abandonaban a vociferaciones sacrilegas:

« — Hijo de...

« — ¡ Por la Santísima Trinidad !...

« — ¡Por la Virgen que amamantó al Salvador!...

« — ¡Cómete un poco de tierra!...

« Y no faltaban votos que en la vida ordinaria constituyen exquisitas gentilezas.

« — ¡Sé ardiente como el sol!

« — ¡ Sé prolífico como la gramina !

« Ensanchaban o reducían el círculo con habilidad, permaneciendo a la distancia de una lanza para no quemarse. Gritaban a voz en cuello, pero el otro los cubría a todos con su voz enorme.

« Visión de infierno. No parezca exagerada la expresión. En semejante delirio basta que una llama que brota de un hombre vivo llegue a cinco metros de altura para parecer verdaderamente infernal.

« En el aire un olor repugnante de caramelos, de incienso y de carne asada. Perros aullaban desde lejos, largamente, al unísono, y como todo había terminado se hubiera dicho que era el gemido de un alma finalmente libertada que huía llorando a través de los campos desolados ».

Griaule calla el nombre de aquel príncipe a causa de particulares razones de consideración; pero lo ha revelado el explorador De Monfreid en un artículo publicado en la revista Voilá de París en agosto de 1935. El príncipe que dio la orden de encender el fuego, susurrando la terrible palabra « enciende » al oído del siervo que debía inmediatamente trasmitirla a los verdugos, no era otro que el regente Tafari, el actual emperador de Etiopía. En vano la emperatriz Zaoditu había tratado de oponerse a ese suplicio reservado a los regicidas.

— Tú no eres rey — habíale hecho notar, entre otras cosas.

— Pero lo seré pronto — replicó el príncipe Tafari.

Y para probar al pueblo que era un soberano, ordenó la horrible tortura. Y durante una hora se quedó mirando con ojos insaciables la atroz agonía del infeliz, del loco que había disparado un tiro de fusil durante un desfile.

Estas son las costumbres de las poblaciones “ cristianas ». ¿ Pero quién puede tomar en serie el cristianismo de los abisinios ? Se trata de una grosera mezcla de supersticiones primitivas, de prácticas rituales judaicas y de superficiales asimilaciones cristianas. Un experto, Hawkes, ha dado una documentación por cierto muy persuasiva en el Times del 21 de julio de 1935, confirmando las conclusiones a las que había llegado, hace veinte años, un docto orientalista, Mechineau, en una serie de atentos artículos publicados en la revista Études.

La crueldad es una característica de las gentes abisinias. El emperador Teodoro se divertía mandando cortar la cabeza a sus subditos al borde de un abismo, para tener el placer de ver las cabezas caer rodando y saltando, Liyi Yassu disparaba su revólver, por las calles de Addis Abeba, sobre cuantos no se prosternaban a su paso.

Inicuo y sin ninguna piedad es el sistema penal. En un tiempo a los ladrones se les cortaba la mano derecha; a los reincidentes la izquerda. Hoy las cosas han cambiado. Narra Armandy, en el libro recordado, que actualmente a esos desgraciados, culpables a menudo de haber robado un poco de trigo o de « dura » inducidos por el hambre, se les cercenan los dedos. ¿Y los pacientes se curan luego? — preguntó el viajero. — « Sí, cuando sus parientes logran socorrerlos en tiempo con una olla de manteca hirviendo, a objeto de cauterizar las heridas. Sin lo cual, los infelices se mueren por la hemorragia en el lugar mismo del suplicio ».

A los blasfemadores, a los perjuros, a los reos de espionaje se les corta la lengua.

Extremadamente lastimosa es la suerte reservada a los presos. El Estado no destina ninguna partida para su mantenimiento, “ La prisión constituye una pena muy peligrosa para los detenidos que no tienen parientes o amigos, porque se ven simplemente expuestos a morirse de hambre. Raras son las cárceles en Etiopía, y las pocas que existen se hallan solamente en los centros más importantes. Generalmente se encadena a los presos y se los confía a la vigilancia de algún *choume* que a menudo les niega hasta el abrigo de un techo y los deja expuestos a todas las intemperies. Algunas veces se los emplea en trabajos de excavación. Encadenados de dos en dos hacen sentir de lejos su presencia con el rumor de los hierros de las cadenas y con las imploraciones desesperadas que dirigen a los transeúntes para lograr un poco de alimento o una limosna. La mayor parte de los presos se muere, si no precisamente de hambre, sí de consunción y de agotamiento. Se les niega todo cuidado médico y todo medicamento ». (Collombet).

Numerosas atestiguaciones describen las relaciones entre los deudores y los acreedores. A menudo es dado encontrar, incluso en las calles de las ciudades principales, y de la capital misma, dos hombres atados entre sí mediante una cadena que les ciñe los pulsos. No son esclavos ni forzados. Se trata, simplemente, de un acreedor que arrastra consigo a su deudor. Día y noche, y a menudo por espacio de años, esos dos viven juntos en el modo descrito. Con

frecuencia el acreedor es hombre casado. En este caso, se ve obligado a arrastrar a su deudor hasta el límite mismo del lecho matrimonial.

« La ley abisinia no conoce ningún otro medio para obligar a un individuo a pagar sus deudas ».

En compensación, se colma a los jueces de regalos en el lugar mismo donde han de dictar justicia; y los obsequiantes son los mismos que esperan ser juzgados: leña, forrajes, vasos de miel, y hasta bueyes y carneros.

DOS MILLONES DE ESCLAVOS

Una « razzia » di Liyi Yassu - Cuarenta mil hombres reducidos a esclavos en pocos días - Los precios corrientes de los esclavos -Según Lord Buxton, los edictos imperiales no tienen ningún valor - Un libro de Lady Simón - Cada año el Negus es obsequiado con niños esclavos - Las revelaciones del capitán John Yardley -La aseveración del cónsul británico Arnold Hodson - El informe de Lord Buxton y de Lord Colwarih por cuenta de la Sociedad antiesclavista británica - El envilecimiento de la naturaleza humana, según lo describe Marcel Griaule - Un informe de Lord Lugard dirigido a la Sociedad de las Naciones - Las impresionantes descripciones del mayor Darley y del doctor Dyce Sharp - Un discurso del Sir J. Harris: « Hay subditos británicos tenidos como esclavos en Abisinia ».

No puede decirse, en verdad, que el gobierno de Addis Abeba se haya preocupado gran cosa de la " conservación de las poblaciones indígenas » y del " mejoramiento de sus condiciones morales y materiales », como prescribíale el compromiso solemnemente asumido ante la Sociedad de las Naciones. ¿Ha tratado, por lo menos, de suprimir la esclavitud y de reprimir la trata de negros?

Numerosos testimonios destruyen toda ilusión al respecto. En cierto sentido, la situación ha empeorado, pues los mercaderes de esclavos se han vuelto más prudentes y se han organizado mejor.

La esclavitud es plaga antigua de la Etiopía. No hay persona de alguna importancia que no posea algunos esclavos. La riqueza se mide por el número de esclavos que se poseen. Los esclavos se recluían principalmente entre las tribus de los Chancalla, de los Guimira y de los Ullama.

En 1922, en las inmediaciones de Addis Abeba, todavía existía un mercado clandestino de esclavos, donde las principales familias abisinias se proveían de mano de obra doméstica y agrícola. Los métodos para el reclutamiento de esclavos son diversos. Bandas armadas hacen irrupción en una aldea, donde, frecuentemente con la complicidad del jefe mismo, se adueñan de los niños, de las mujeres, y muchas veces también de los hombres en plena virilidad. También suele suceder que los cobradores de impuestos obligan a los pobres colonos, tasados fuera de toda medida, a ceder, a falta de dinero con que pagar, sus hijos pequeños.

Pero el método más común es el de la « razzia ». Se organizan, en ocasiones, verdaderas expediciones en grande. En el libro recordado más arriba, el doctor Mareb narra que en 1912 el emperador Liyi Yassu, al frente de un ejército de diez mil hombres, invadió las provincias del Oeste, llevándose luego a Addis Abeba cuarenta mil esclavos de ambos sexos, que distribuyó, en parte, entre sus amigos, entre sus cortesanos y entre el clero mismo.

La propiedad de los esclavos está legalmente garantizada. La autoridad busca al esclavo que huye, y cuando lo encuentra, se lo restituye al propietario. Los encubridores de los esclavos evadidos se condenan a pagar una multa equivalente al precio de los esclavos multiplicado por dos.

El precio de los esclavos varía según el sexo, la edad, la estatura, el vigor, la belleza.

He aquí una lista de los precios corrientes:

Muchacha virgen ... de 190 a 250 taleros
Muchacho . . . . . de 80 a 250 taleros
Muchacho castrado . . de 125 a 230 taleros
Mujer adulta .... de 130 a 220 taleros
Hombre adulto ... de 150 a 250 taleros

¿Cuál es el número de esclavos existentes en Etiopía? Las aseveraciones de los viajeros, de los residentes en las legaciones, los informes del Foreign Office y de la Sociedad de las Naciones concuerdan en calcularlo en alrededor de dos millones. Cifra enorme, si se considera que la población total oscila entre los siete y los ocho millones de habitantes.

Al esclavo no se le reconoce ningún derecho civil y se le reservan, en cambio, las más duras fatigas. Los trabajos manuales más pesados están a su cargo, y debe ignorar el cansancio, el hambre y la sed.

Los edictos imperiales que decretan la abolición de la esclavitud nunca han tenido efecto alguno. La prueba de ello está en el hecho de que se renuevan a distancia de pocos años, únicamente con el fin de engañar a las naciones europeas. El primero de dichos edictos data

de 1875, el segundo de 1889, el penúltimo del 31 de marzo 1924, y el último del 15 de julio de 1931.

Y que así es lo atestigua un atento y autorizado observador británico, Lord Noel Buxton, al volver de un viaje a Addis Abeba. En un artículo publicado el 9 de abril de 1932 en el Times, Lord Buxton no se hace ilusión alguna sobre la eficacia de los edictos imperiales: « La esclavitud en la Etiopía marcha a la par con la ausencia de lo que nosotros llamamos régimen de gobierno. Ella es, en parte, el resultato, y en parte la causa de la debilidad del mecanismo del Estado, que está poquísimo más desarrollado de lo que era en la Edad Media. El respeto de la ley está todavía al estado primitivo. Las abominables crueldades, cuya existencia ha sido verificada, son mas graves que las « razzias » mismas y que los raptos. Siguen practicándose siempre. Los edictos del emperador no han tenido más resultado que el de disminuir las apariencias exteriores de la trata de esclavos ».

Estas graves afirmaciones resultan plenamente confirmadas por un informe que la Anti-Slavery and Aborigines Protection Society, la célebre y benemérita sociedad antiesclavista británica, dirigió al Foreign Office el 8 abril de 1932. El informe, que está firmado por el presidente Charles Roberts, por el secretario honorario Travers Buxton y por el secretario parlamentario John H. Harris, confirma que es “ de dos millones por lo menos » el número de los esclavos. « Esta afirmación está basada sobre las declaraciones de eminentes autoridades y podemos alegar, si fuera requerido, un documento confidencial en el que se hace mención de una quinta parte de la población ». El importante documento se difunde particularmente sobre el estado en que se halla la región de Gore, que confina directamente con la posesión británica del Sudán. « En Gore, mercado principal de este tráfico, centro de tránsito de los esclavos importados desde las cercanas regiones occidentales, habitadas por razas negras y negroides, no existe familia, pobre o rica, que no posea esclavos. No creo que el nuevo emperador esté en condiciones de conocer el número de los esclavos que posee él mismo. A centenares se cuentan dentro de los recintos de su habitación y de sus tierras. Cada año es obsequiado con regalos que consisten es pequeños esclavos de ambos sexos ».

Con toda objetividad, el informe presenta algunas típicas documentaciones debidas a autorizados observadores británicos. He aquí una memoria del capitán John Yardley D. S. O., que « es uno de los pocos oficiales que cuentan con la singular experiencia de haber asistido personalmente a razzias de esclavos ». En esta memoria, precedida de un prefacio escrito por el mariscal de campo vizconde Allenby, se lee: “ Es perfectamente cierto que el gobierno central de la Abisinia ha sido impotente para poner freno a estas bárbaras empresas. Se han hecho muchas promesas, ofreciéndose garantías en abundancia. Pero el sucio comercio ha seguido prosperando. Las víctimas son los hombres y las mujeres asesinados, los niños raptados, las mujeres ultrajadas, los hombres mutilados y tribus y familias enteras despojadas de sus ganados y de sus propiedades personales ».

Otro testimonio autorizado, citado en el informe, es el del ciudadano británico Arnold Hodson, « quien habla con excepcional competencia, no solamente por el hecho de haber sido cónsul en Etiopía por espacio de trece años, sino también porque ha viajado en todo sentido en el interior del país ». Después de explicar que muchas ciudades etiópicas, que contaban en un tiempo con muchos miles de habitantes, poseen ahora una población de pocos centenares de almas debido a los vacíos dejados por las “ razzias » de hombres, esta memoria establece : “ He oído narrar, de labios de testigos oculares, los horrores que se cometen. Hombres, mujeres y niños, en cantidad, son sacados de sus aldeas, expuestos a la fatiga de largos viajes, en parte encadenados, con poco o ningún alimento, y luego, exhaustos, abandonados a morirse en el camino. Estas “ razzias » se producen también en nuestros días. Todos los jefes, sin excepción, os dirán que por nada del mundo estarían dispuestos a renunciar a sus esclavos ».

No se puede leer sin sentirse sobrecogidos por una profunda impresión de piedad hacia la naturaleza humana envilecida este paso de un informe reservado del etnógrafo Marcel Griaule, referido en el memorial de la sociedad antiesclavista británica : “ El esclavo, comprado como una mercadería cualquiera, es una bestia para su amo, el cual dispone de él corno quiere. El amo lo utiliza a su talante en cualquier modo y en cualquier función de la vida: sin excluir la reproducción, si se trata de una mujer. Así como se favorece la reproducción del ganado, así también puede asignarse un macho a la esclava para que «1 producto de esta unión venga a sumarse a la propiedad del dueño ».

Mucho más detallado es el voluminoso informe que Lord Noel Buxton y Lord Polwarth, al cabo de un largo viaje a través de la Etiopía, realizado por cuenta de la Sociedad antiesclavista británica, enviaron a la Sociedad de las Naciones : " La esclavitud constituye en Etiopía la base de todo el sistema económico. Los ricos poseen un gran número de esclavos, que pasa de los miles, pero también los poseen las personas de grado inferior. Los mismos sacerdotes siempre tienen esclavos. La liberación de los esclavos no puede venir de adentro. Han pasado siete años desde la emanación del edicto imperial que proclama la liberación, y que, de haber sido observado, hubiera tenido por resultado la liberación de un elevado número de esclavos, pero muy poco es lo que se ha hecho, porque el emperador, entre otras cosas, carece del poder necesario para imponer la ley. La persistencia de estas atroces actividades, que se desenvuelven con poquísimo freno y sin ninguna administración, reclama una enérgica intervención ».

De igual parecer es Lady Simón, esposa del ex Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, la cual, en un reciente volumen, Slavery, publicado en Londres, llega a esta conclusión : « La esclavitud está de tal modo entretejida con la trama misma de la existencia abisinia, al punto de determinar la convicción de que Abisinia no podrá librarse de los cepos de esta desgraciada institución, sino mediante le generosa intervención de naciones movidas por el propósito de construir realmente un Estado en Etiopía ».

Un memorial sobre la esclavitud en la Etiopía de gran valor es el que fué compilado por Lord Lugard, por encargo de la Sociedad de las Naciones. Nadie conoce esas regiones mejor que Lord Lugard, que fué, por espacio de muchos años, gobernador de la Nigeria. Su informe es escrupulosísimo. De excepcional gravedad resulta su afirmación de que la mayor oposición contra la abolición de la esclavitud « procede del clero, el cual se considera guardián y depositario de la ley mosaica y considera a la esclavitud como una institución decretada por Jehová ».

Las revelaciones más impresionantes son las que suministran el mayor Darley y el doctor Dyce Sharp. Las reproduce Lady Simón en su libro ya mencionado. El mayor Darley se halló en una posición privilegiada para obtener informaciones, en su calidad de empleado del Foreign Office, agregado a una comisión de demarcación de límites en Abisinia. El doctor Sharp, en cambio, es un médico militar del gobierno inglés. En un distrito abisinio situado al Sudoeste de la llanura de Bolma, las incursiones de los « razziadores » han dejado el desierto. El suelo era fértil, las colinas habían sido trabajadas a terrazas cultivables. « Hoy uno puede caminar días enteros por estas localidades sin encontrar alma viviente. Las terrazas existen todavía, pero los hombres que se deberían encontrar en ellas dedicados a la siembra y a la cosecha, han muerto o bien han sido transportados como esclavos a la capital. Los campos están completamente abandonados a la merced de los lobos y de las hienas ».

Según aseveración de ambos escritores, el mismo regente de Abisinia, hoy emperador, no se niega a la donación de esclavos, " Hace pocos días, en Addis Abeba, el regente acogió el regalo de 140 esclavos, en su mayor parte niños de ambos sexos y de edad que oscilaba entre los seis y los catorce años, el resto consistía en pocas mujeres adultas con sus pequeños al pecho ». ¡Qué lamentable espectáculo para los viajeros constituyen estas caravanas de esclavos! « Tropas de esclavos marchan en miseria, los hombres encadenados, seguidos de las mujeres y los chicos, que se arrastran fatigosamente. Este espectáculo es común para quien recorre la Abisinia meridional ». Entre 1913 y 1927 las « razzias » perpetradas por los abisinios en el Sudán y en la Colonia del Kenia, llegan al número de 139, y « es muy probable que no todos los incidentes que han tenido lugar hayan sido objeto de informes ». (Informe de Sir John Maffey, citado por Lady Simón). Con razón, en un discurso pronunciado en Oxford el 2 de agosto de 1935 y reproducido por el « Evening News », Sir John Harris, secretario de la Sociedad contra la esclavitud, exclamó: « Hay súbditos británicos tenidos como esclavos en Abissinia, y si una parte de las quejas italianas contra la Abisinia están motivadas por las innumerables rapiñas cometidas en sus fronteras, es preciso recordar también que por lo menos igual número de rapiñas han sido cometidas cada vez que los abisinios violaron nuestras fronteras, penetrando en territorio británico. Quizá el emperador de Abisinia desea realmente abolir la esclavitud, pero no puede hacerlo, porque no tiene poder suficiente para obligar a sus ras a libertar a los esclavos ».

COMO SE TRATA A LOS ESCLAVOS

Una importante publicación americana - Una severa admonición de James E. Baum al Negus - ¿Cuántos son los esclavos libertados? -La esclavitud, según la Ley de los Reyes - Sevicias y torturas de todo género - Los mercados de esclavos, descritos por J. Kessel - Visiones de hambre, de miedo y de muerte - Hablan pobres esclavas - Los cazadores de niños - Muertos a latigazos - La trata de esclavos - Un articulo de E. Ludwig - Las evirilaciones - La ofensa más cruel contra la maternidad.

Reciente publicación, de considerable y vivo interés, es la que se debe a un escritor americano, James E. Baum, que fué jefe de una expedición científica que obró en la Etiopía. Donde quiera fuesen, él y sus compañeros, se econtraban con esclavos y con testimonios de esclavitud. Vivamente impresionado por la extensión de un fenómeno tan repugnante para la conciencia humana, no vaciló en hablar del mismo con el regente Tafari. « Le observé que si Abisinia no hace algo más concreto en el sentido de llegar a la abolición de la esclavitud, y si no se decide a hacerlo pronto, podría suceder que un Estado europeo obtuviera el consentimiento y el apoyo popular del mundo civilizado para aplicar un plan que tienda a convertirlo en dueño y administrador de este país ».

Absolutamente insignificantes son los efectos de los edictos contra la esclavitud. Según un informe de la Sociedad de las Naciones de 1927, los esclavos libertados eran 1109, y los mercaderes de carne humana castigados 164. ¡Un millar de libertados sobre dos millones de esclavos ! He aquí el modo con que el emperador de Etiopía cumple las obligaciones en virtud de las cuales fué admitido en Ginebra.

Se dice que la esclavitud reviste formas humanas en Abisinia, que a los esclavos se les asegura, por lo menos, el asilo y el alimento. En tanto, se confunde la esclavitud propiamente dicha con la secular servidumbre, y nadie ignora que se trata de dos cosas absolutamente diferentes. Para tener una idea de la condición de los esclavos, basta consultar el Fatha Nagast, o sea el código de las Leyes de los Reyes, que representa en Etiopía el Corpus juris religioso y civil. Podrán leerse proposiciones de este género: « Los hijos del esclavo son propiedad del amo del esclavo; el hijo de la esclava es propiedad del amo de la misma, haya nacido de padre libre o de siervo, en matrimonio o en fornicación ». El esclavo se estima a la par de las bestias. « Si huye la bestia vendida o el esclavo en el espacio de seis meses y por culpa del comprador, éste no puede pretender nada del vendedor ».

El informe presentado en 1932 al Ministerio británico de Relaciones Exteriores enumera casos horribles de castigos y de torturas infligidos a esclavos. Se habla de amos que queman con agua hirviente el vientre y las piernas a esclavas sorprendidas en intimidad con esclavos; y de otros que, por la misma razón, las torturan hasta la muerte con hierros incandescentes.

Un escritor de fama mundial, J. Kessel, en un libro reciente, Marches d'esclaves (Les Editions de France) asegura haber sabido cosas atroces acerca del tratamiento que se depara a los esclavos: « Siempre hambre, siempre al trabajo, a recoger leña, a transportarla, a partir piedras. Cuando el amo no está satisfecho o está borracho, nos castiga a latigazos. Y cuando es particularmente malvado, nos cuelga por los pies encima de una fogata donde ha arrojado « berberi ». Ante esta confesión de un pobre esclavo, Kessel no pudo reprimir un estremecimiento de horror. « Yo había tenido ocasión de paladear el plato nacional de los abisinios, el « wat », una fricasea de carnero o de pollo, rociada con « berberi », pimiento rojo tremendo, en comparación del cual el más violento « carry » indio parece dulce. ¡ Y estos infelices habían tenido que aspirar esas exhalaciones con la cabeza para abajo! ¡ Y por un instante yo había podido pensar que su suerte no era una absoluta iniquidad ! ».

He aquí como se le aparecen a Kessel estos pobres seres por las calles de Harrar. « Ceden el paso a todos, su mirada espía pávidamente a los transeúntes de abajo para arriba y sus brazos esbozan una humilde defensa contra los golpes posibles. Se comprende en seguida que ninguna ley los protege. Sus bocas entreabiertas revelan un hambre eterna, sus miradas un miedo eterno ». Pocos años bastan para idiotizarlos. Los hay que dan la sensación de cosas inanimadas; otros que parecer no haber sido tocados nunca por el soplo de la vida. Un rasgo humano, un acento de bondad, despiertan, en esos seres, confusas remembranzas de una época lejana, efímeros vuelcos de la inteligencia.

Habla una esclava: « Vengo del Tigre. Nací esclava de un guerrero. No conocí ni a mi padre ni a mi madre. He seguido siempre y a todas partes a mi amo. Fué muerto en un combate por un soldado de este país. Ahora soy suya ».

Otra: « No puedo acordarme de donde soy. Mucho, hace mucho tiempo, cerca de una selva inmensa, como aquí no las hay, había una aldea. La aldea fué incendiada. Hombres que aullaban me llevaron consigo. Gran pena de caminar lejos, lejos, con ellos. He tenido muchos dueños, muchos hijos. Nada más recuerdo. Los patrones me han vendido, los hijos me fueron arrebatados ».

Otra más: “ Yo era pequeñita. Jugaba en la choza de los míos. La puerta estaba abierta. Una mano avanzó, fui agarrada por la nuca y me encontré sobre un caballo. Al cabo de larga marcha llegué a Addis Abeba. He sido vendida y revendida. Mí último patrón se ha venido aquí ».

En compañía del explorador de Monfreid, J. Kessel quiso asistir al rapto de una pequeña que llevaba sus cabras a apacentar. « Fué realmente la gesta de un fauno. Ni el más leve rumor cuando se abalanzó, ni el más leve rumor cuando se detuvo. Un simple haz de músculos que se trasladaba por su propia fuerza en el aire. La pequeña, que iba siguiendo a sus cabras, no tuvo siquiera el tiempo de gritar. Envuelta, amordazada en la tela, en un instante no fué más que un pequeño fardo sin defensa. Selim se la cargó el hombro, y antes de que nosotros pudiésemos salir de nuestro escondrijo, se lanzó hacia el sendero por el que habíamos bajado.

“ Lo vimos largo trecho correr por el valle que se iba aclarando con la aurora. Luego desapareció entre las rocas con su presa. El rapto estaba consumado ».

Al día siguiente pudo Kessel rescatar a la pequeña y devolverla a sus flacas cabras. Pero no pudo, pocos días después, salvar a un pequeño esclavo cruelmente muerto a latigazos.

« Un día fuimos invitados a comer en casa del hijo de un “deyaz” que guerreaba contra los rebeldes del Tigre.

« La cena fué servida a la europea, es decir con platos y cubiertos no muy desparejos. Sin embargo, comimos « wat » (que yo no podía ya probar sin pensar en el pimiento rojo que se hacía respirar, como castigo, a los esclavos) y bebimos « tetch », hidromiel violento que se sube en seguida a la cabeza.

« Terminada la cena, pasamos a una especie de sala de recepción que daba sobre el patio. Ahora, todos los patios se tocan en Harrar, y he aquí que del que se hallaba a la derecha de la casa de nuestro huésped, oímos, en el silencio nocturno, levantarse un gemido indefinible. Era tan bajo, tan sofocado, que al principio pensé que sería el lamento de algún animal dormido; pero de pronto se oyó un llanto más fuerte, infantil, desgarrador. Era una voz humana. El joven señor abisinio frunció las cejas y dio una orden a uno de sus hombres. Este se alejó. Algunos lamentos llegaron todavía hasta nosotros, luego un rumor de imprecaciones, a las que sucedieron golpes, y luego el silencio.

“ Con el tono más afable del mundo, nuestro huésped nos dijo: — Os pido disculpas por esta bulla. Mi vecino tiene un pequeño esclavo insoportable. Ayer se le ha bebido media botella de « tetch ». Mi vecino lo ha colgado y lo castiga. Pero yo no admito que grite cuando vosotros estáis aquí.

“ La siguiente noche no pude menos que pasar por delante de ese patio. Los mismos gemidos. Al día siguiente, ya no oí nada. Supe luego, por medio de un “ boy », que el pequeño no había podido resistir a la violencia del látigo y que había sido enterrado en el patio donde reinaba el vecino del joven y simpático abisinio ».

Este joven señor abisinio “ había sido educado por religiosos franceses », conocía perfectamente el idioma francés y trataba en todos los modos de honrar a sus huéspedes europeos.

Toda la Etiopia es un inmenso mercado de esclavos y no hay casa que no tenga su escondrijo. J. Kessel ha visitado estos escondrijos, vigilados por hombres armados, donde se amontonaban pobres mujeres como gallinas en una jaula, “ Estaban de tal modo agotadas por la incomodidad y el largo malestar, que ni siquiera abrían ya los ojos ».

Por vías misteriosas, secretas, impervias, esta pobre carne humana se transporta hasta la costa. Increíbles son las incomodidades que sufren estos infelices. En un dramático artículo publicado por el diario Bohemia de Praga del 21 de julio de 1935 sobre “ El Negus y sus esclavos cristianos », E. Ludwig narra la odisea sin nombre de estas caravanas a través del

desierto. « Por estos caminos desérticos se encuentran, hoy como antaño, cadáveres de hombres caídos por agotamiento, mientras que otros, se dice más de la mitad, se mueren antes, a consecuencia de la evirilación, que se les practica sin médicos y sin higiene ». ¿Dónde se dirigen, una vez que han ganado la costa, estos traficantes despiadados, deshonor de la humanidad? Lo dice Ludwig. « En el Mar Rojo, surcado casi diariamente por naves elegantes, donde la dama se repone de sus fatigas recostada sobre el puente más elevado respirando la brisa nocturna, se deslizan a lo largo de Gidda velas blancas en medio de la oscuridad, y los oficiales desde el puente las siguen con sus larga vistas, tal vez se sonríen y vuelven a mirar hacia adelante, porque se trata de cosa que no les concierne. Un día, en que una nave de guerra inglesa dio la caza a una de estas embarcaciones, el capitán de la misma arrojó al mar a todos los esclavos, obligando a los ingleses a salvarlos, y consiguiendo entre tanto huir. Otras embarcaciones arriban a algunos islotes rocallosos del Mar Rojo, entregan a otras la mercadería que se transporta al Heyaz, pues en Giedda ya no existen mercados de esclavos, pero sí en la Meca; y centenares de esclavos son pasados de contrabando como peregrinos dirigidos a la Meca. Lo saben todos los viajeros. En todas partes se encuentran intermediarios que no escatiman el dinero, porque un hermoso niño de doce años o una niña de catorce rinden hasta 120 libras esterlinas, y una mujer encinta, que podrá volver a ponerse bonita, resulta más barata porque el niño que lleva en el vientre está comprendido en el precio ».

XENOFOBIA CONTRA LA CIVILIZACIÓN

El tráfico abusivo de las armas en un libro del doctor E. Collombet -La resistencia contra toda iniciativa de civilización y de progreso -La ingratitud hacia Francia en un libro de A. Armandy - « ¡Dadnos Djibuti! » - Los « dindons de la jaree » - La indignación del explorador M. Griaule - La primera visión que tuvo Italia de la Abi-sinia en una página de Ferdinando Martini - Las traiciones contra Italia - El tratado de Uccialli - El emperador Menelik juzgado por el ras Alula.

¿ Qué ha hecho el gobierno de Etiopía para impedir la trata de esclavos? Absolutamente nada. « Algunos gobernadores de la Etiopía, en lugar de oponerse a la marcha de estas caravanas, perciben derechos de peaje. Volviendo a la Abisinia, estos mercaderes de hombres importan armas y municiones, también en forma clandestina, para vender a las poblaciones de la costa, con cuya complicidad cuentan. Caravanas de esclavos a la ida, caravanas de armas y municiones a la vuelta, todo esto constituye un comercio criminal pero muy productivo. Estos « negociantes » de un género tan especial son perfectamente conocidos : son personas importantes que ponen sus riquezas, acumuladas con medios tan ilícitos, al amparo de todo riesgo por medio de entendimientos que saben procurarse donde quiera y de dádivas con que compran toda suerte de complicidades » (Collombet).

Tocamos, con esto, otro de los compromisos asumidos por el gobierno de Addis Abeba ante la Sociedad de las Naciones: el tráfico de las armas. En realidad, el 19 de mayo de 1931, el gobierno etiópico publicó un edicto y una reglamentación que prohibían la importación y el comercio de las armas para uso de los particulares. Es de observar que este edicto fué emanado después de siete años de las obligaciones asumidas en Ginebra. Pero se trató únicamente de una ficción, de un expediente dirigido a engañar a los gobiernos europeos. Las « razzias » y la trata de esclavos constituyen un obstáculo insuperable para la aplicación de semejantes medidas.

Lo reconoce abiertamente el doctor Collombet en su libro, 3ra mencionado, y que no es, por cierto, hostil a la Abisinia ni a su gobierno, “ Estas medidas están, desgraciadamente, muy lejos de ser aplicadas. La introducción ilícita de armas y municiones sigue practicándose en Etiopía en vasta escala. Se trata de un comercio que rinde muchísimo ».

La verdad es que el gobierno de Addis Abeba se muestra hostil a toda relación susceptible de aportar civilización. La cultura superficial de algunas clases privilegiadas no ha hecho sino exasperar la xenofobia hasta lo increíble. Armandy, en ocasión de su reciente exploración, se quedó estupefacto ante los cotidianos episodios reveladores de un odio inextinguible hacia los blancos. Hasta con respecto a Francia, que ha tratado sin embargo en tantos modos de favorecer a ese desolado país, la arrogancia abisinia reviste formas insospechadas. Convendrá referir un breve dialogo entre Armandy y un diplomático francés residente en Etiopía:

« — No sólo Francia nada ha obtenido, sino que también se ha puesto contra los países que ha combatido y aun contra los que ha patrocinado.

«— ¿Es posible? ¿Abisinia demuestra, pues, tanta ingratitud?

« — No emplee usted, se lo ruego, semejante expresión. La ingratitud presupone la noción de la gratitud, y los abisinios no tienen la más mínima idea de ella. No son accesibles más que a un solo sentimiento: la vanidad. Su admisión en la Sociedad de las Naciones, gracias al patrocinio de Francia, ha terminado por darles una opinión desmedida de sí mismos. Y la primera consecuencia de tal megalomanía ha sido la de dirigir a Francia este discurso : — Desde el momento que vosotros decís — y lo habéis probado — que la Etiopía ha llegado a un grado de civilización que la coloca en un plano de paridad con las grandes potencias civilizadas, vosotros no podéis razonablemente suponer que nosotros podamos vivir sin un puerto sobre el mar. ¡ Dadnos, pues, Djibuti!

« — Pero es insensato.

« — No; por el contrario, es muy lógico y, para todos los que conozcan a los abisinios, inevitable. Y como quiera que nosotros nos hemos negado, ahora nos dirigen toda clase de descortesías, con la esperanza de inducirnos, de este modo, a ceder. El hecho es que nosotros somos hoy « les dindons de la farce ».

No hay nada de exagerado en estas afirmaciones de Armandy; las cuales, por otra parte, resultan perentoriamente reconfirmadas en el comunicado que el señor Griaule, jefe de la misión etnográfica francesa « Dakar-Djibuti », distribuyó a los diarios, en 1933, después de haber cruzado toda el África septentrional y después de haber permanecido durante algunos meses en Etiopia. He aquí algunas frases : « Durante una permanencia de siete meses que la misión ha efectuado en Etiopía, ha debido chocar contra dificultades de todo género, debidas al estado de anarquía política del país y a la violenta xenofobia de los sacerdotes y de los jefes ». Y más adelante: « Los resultados científicos han superado todas las esperanzas. En Gondar el trabajo de la misión comprendió, principalmente, un es Ludio sobre las costumbres y las tradiciones populares, por medio de une encuesta, y varios censos, y entre ellos el censo nominativo de los esclavos de Gondar. Este censo ha permitido constatar la existencia de 1400 esclavos, en una población total de alrededor de 6000 habitantes ». Y más aun: « La actitud incalificable de las autoridades abisinias locales, que siempre fueron cubiertas por el gobierno central, decidió al señor Griaule a trasladarse a Djibuti, término de su viaje africano, a través de la Eritrea, sin pasar por Addis Abeba, en señal de protesta ». Si hay una nación que ha conocido realmente la ingratitud abisinia, es, sin duda, Italia. Inmediatamente después de la ocupación de Massaua, toda una población de miserables se volcó desde el Tigre hacia la ciudad como hacia la tierra prometida. El gobernador de la colonia, por temor de epidemias, confinó prudentemente a esos infelices en la llanura de Otumlo. Un eminente escritor italiano, que fué, más tarde, gobernador de la Colonia Eritrea, Ferdinando Martini, visitó un día la llanura de Otumlo y trazó de ella una descripción espantosa, en un libro clásico: En el África italiaíia: « En esta porción de desierto algunos se habían construido un « tucul » más miserable, si ello es posible, que de ordinario, otros habían levantado una estera; los más afortunados tenían por vivienda un matorral, y todos, por lecho, la arena recalentada. Aquí y allí, cadáveres abandonados, con un trapo echado sobre la cara; uno, particularmente horrible, parecía moverse, tanto era el hormiguear de insectos en sus miembros deformados y deshechos por la violencia del sol. Los muertos esperaban a las hienas, y los vivos esperaban la muerte. De un matorral salen hilos de voz, asoman manos descarnadas, agitadas por los postreros temblores. Aquí un moribundo se levanta de la arena con supremos esfuerzos, mira con ojos vidriosos, no ve nada, lanza un estertor y vuelve a caer golpeando la espalda y la nuca en el terreno. Allá una mujer acurrucada, que ya no puede ni hablar, muestra con un movimiento continuado de la cabeza un niño de cuatro o cinco años, próximo a la fin, y que, extendido a sus pies, volviendo hacia nosotros sus pupilas descoloridas, susurra con voz lánguida, ronca. Nos acercamos para socorrerla, y en seguida se levanta de sus yacijas inmundas una turba escuálida de cuerpos en que, debajo de la piel tendida, pueden contarse los huesos uno por uno, como en los cadáveres momificados del Gran San Bernardo. Tratan de seguirnos, también ellos murmuran imploraciones; exhaustos, vuelven a caerse, tratan de levantarse de nuevo, vacilan, se caen otra vez, pidiendo ayuda con gemidos que parecen aullidos. Las madre levantan trabajosamente del suelo a sus niños de pecho y nos siguen con llantos y gritos, mostrándonos, allí donde tenían el seno, sólo piel floja y arrugada. Distribuímos algunas liras, socorro risible en medio de tanta indigencia para quienes dentro de pocas horas habrán muerto. Y la procesión de peatones, de mulos, de mercaderes, seguía numerosa y ruidosa. Me retraigo para evitarla, y voy a dar entre niños que hurgan en el estiércol de camello en busca de algún grano de a dura »; me alejo impresionado, y veo otros niños que los « zaptié » alejan a la fuerza de una carroña de caballo, fétido resto de hienas, a la que, agarrados, arrancaban con los dientes los órganos interiores; estos, porque estaban más blandos, y estaban más blandos porque estaban en estado de putrefacción más avanzado. Huyo, horrorizado, entontecido, avergonzado por mi impotencia, ocultando, a causa de la vergüenza, la cadena del reloj, avergonzándome dentro de mí mismo por el desayuno que he tomado, por el almuerzo que me espera. Durante muchas noches, entre la alucinación y el sueño, al confundirse las imágenes, tuve íncubos, me persiguieron visiones, de las que todavía me acuerdo. Ora despertábame de sobresalto el contacto de un cuerpo helado, ora una mano helada y huesuda me oprimía el pecho impidiéndome respirar; y en el sueño afanoso parecíame estar huyendo bajo un sol ardiente, sin meta, sin salvación, por llanuras requemadas y sin confín, perseguido por hienas que ululando se iban aproximando, perseguidas a su vez por una falange de sudaneses, montados

en caballos gigantescos, que corrían a rienda suelta, en medio de turbas de frailes, de mercaderes, de mujeres, de esqueletos armados de lanzas y de sombrillas ».

Este fué el primero, immediato conocimiento que tuvo Italia de las gentes abisimas. No escatimó providencias, atenciones, actividades de todo género para hacer desaparecer o, por lo menos, para mitigar, tanta miseria secular. Y hasta donde su influencia pudo hacerse sentir, los resultados fueron benéficos y confortantes. Desgraciadamente, su obra de «civilización chocó contra una constante, y a veces insuperable, mala voluntad de parte del gobierno de la Etiopía, contrario a toda forma de progreso civil.

No pueden contarse las traiciones perpetradas por Abisinia contra Italia. Típica la del emperador Menelik en 1893. Simple rey del Choa, a la muerte del negus Juan, caído en la batalla de Matemma (10-12 de mayo de 1889), pudo valerse de la ayuda de Italia para convertirse en emperador. Una vez ganado el trono, subscribió con el plenipotenciario de Italia, conde Anto-nelli, un tratado que fué denominado de Uccialli (2 de mayo de 1889). La primera preocupación de Italia fué la de poner un freno a la esclavitud. El artículo 14 del tratado suena de este modo: « La trata de esclavos, siendo contraria a lor principios de la religión cristiana, S. M. el Rey de Los Reyes de Etiopía se compromete a impedirla valiéndose de todo su poder, de modo que ninguna caravana de esclavos pueda atravesar sus Estados ». Inútiles serían los comentarios. Estábamos en 1889! De especial relieve era el artículo 17: « S. M. el Rey de los Reyes de Etiopía consiente en valerse del Gobierno de S. M. el Rey de Italia para la estipulación de toda clase de negocios que tuviese con otras Potencias y Gobiernos ». Esta cláusula, que establecía el protectorado italiano sobre la Etiopía y que había tenido una inmediata aplicación en ocasión de la conferencia antiesclavista celebrada en marzo de 1890 en Bruselas, y en la cual Etiopía había sido representada por Italia, fué descaradamente repudiada por el Rey de los Reyes en febrero de 1893, con el pretexto de que no había comprendido bien el significado y el valor de las palabras. No sin razón, el ras Ahila, el más abierto e irreductible adversario de Italia, el que sorprendió a los italianos en Dogali y mandó las hordas abisinias en Adua, hablando un día con el plenipotenciario del gobierno de Roma, Dr. César Nerazzini, se mostró indignado por la mala fe de su soberano. En un informe de Nerazzini, del 2 de noviembre de 1891 (un año antes de la denuncia unilateral del tratado de Uccialli por parte del negus), puede leerse : « Cuando el ras Alula habla de Menelik se le salen los ojos de las órbitas, y nos dice que le parece imposible que todavía no hayamos comprobado su doblez ». El ras Alula, el más famoso capitán abisinio, era un buen juez.

LAS COLONIAS ITALIANAS AMENAZADAS

Puertas cerradas para Italia en la Etiopía - Un tratado de « amistad y colaboración » que jamás pudo ser aplicado - Rechazo de ofrecimientos italianos - Incendio de la agencia consular de Gondar -Contratos truncados - La convención para el camino Assab-Dessié - El asesinato del coronel Peluso - La liberación de los culpables -Las concesiones a Inglaterra, a Francia y al Japón - Un artículo de M. Pernot - No existe un confín entre la Etiopía y la Somalia italiana a pesar de los tratados de 1897 y de 1908 - Amenazas y agresiones armadas contra Italia desde 1912 hasta 1934.

La verdad es que en todo tiempo Italia se ha encontrado en la Etiopía con las puertas cerradas, a pesar de los tratados, de los compromisos y de las solemnes promesas en el sentido de una cordial colaboración económica entre ambos países. Existen, entre otros, dos tratados de comercio ítalo-etiópicos, uno del 24 de junio de 1897 y el otro del 22 de junio de 1906. Existe, además, un cambio de notas del 22 de junio de 1908 para reglamentar las cuestiones comerciales de frontera entre la Etiopía y la Somalia, y existe, finalmente, el « tratado de amistad y colaboración » firmado en Addis Abeba el 2 de agosto de 1928. El preámbulo de este tratado fundamental dice, entre otras cosas, que ambos gobiernos « desean que las relaciones económicas entre los dos países vayan ampliándose », y el artículo 3 establece que « los dos gobiernos se comprometen a ampliar y a hacer prosperar el comercio existente entre ambos países ».

¿Qué vías han quedado abiertas para Italia, en virtud de estos tratados? Ninguna. Se trata de historia reciente. Italia pide, basándose en el artículo 3 de la convención de 1906, la « aduana única ». No la obtiene sino trece años más tarde, en 1919, mientras que a Francia se le acuerda inmediatamente el pago de arancel único para todas las procedencias.

Italia pide, en 1906, la concesión para construir un ferrocarril Setith-Gondar. La pide nuevamente en 1913, a fines de 1915 y una vez más en 1917. Se le contesta siempre con un rechazo.

Desde 1910 a 1919 el gobierno italiano presenta una serie de propuestas de carácter político y económico que deberían desarrollar las relaciones de buena vecindad y de amistad entre ambos países. El desecho, de parte etiópica, es constante. Un ejemplo, entre tantos. En 1911 el agente consular de Italia en Gondar estipula con la autoridad local, el deyac Meschascha, un contrato de arrendamiento de los terrenos de Carodá para realizar en ellos experimentos agrícolas e industriales. Y en vano espera que el contrato sea ratificado por el gobierno de Addis Abeba.

Ya en 1913 el gobierno italiano ofrece un empréstito para la reorganización financiera de la administración etiópica, a confiarse a un jefe abisinio con la consulencia de un técnico italiano. La propuesta se examina. Pero el examen se prolonga hasta 1915, sin conclusiones. Italia renueva su ofrecimiento en 1917. Sigue otro examen, terminado con la presentación de un proyecto británico que, con poca consideración hacia los precedentes, pretende suplantar al proyecto italiano.

En 1915 el gobierno italiano solicita instituir depósitos francos en Gondar, Adua, Dessié. No se acoge su solicitud, a pesar de que ya desde 1913 algunos grupos particulares interesados habían obtenido el respecto precisas promesas de parte del gobierno de Addis Abeba.

En el mismo año un misterioso incendio destruye el campamento de la agencia consular italiana de Gondar, donde se encuentran también algunos depósitos de mercaderías. Resulta vano solicitar permiso para reconstituir los depósitos. En vano se solicita la concesión de un terreno indicado para la sede consular.

Se niega la transferencia a propiedad italiana de la mina de potasa de Dallol, ya explotada en 1912 por los hermanos Pastori, y ello no obstante existir un reglamento contractual de julio de 1917 que asegura notables cánones a favor del gobierno etiópico.

En 1919 Italia contrata en Abisinia la compra de diez mil bovinos para el aprovisionamiento militar en la Eritrea. Desembolsa una cuota de 40.000 taleros, pero improvisamente la autoridad etiópica, después de haber sido recidibo el dinero, prohibe la exportación de los animales, y solamente al cabo de extenuantes negociaciones autoriza la salida de apenas dos mil bovinos, oferta insuficiente que Italia rechaza.

Se esperaba que la atmósfera cambiara después de la guerra. Pero nada ha cambiado. La cordial y franca acogida que se hizo al ras Tafari en abril de 1924, en ocasión de su viaje a Roma, y la sucesiva firma del tratado de 1928, quedan sin efecto.

Es edificante la historia de la convención caminera, que forma parte del tratado de 1928, y que preveía la construcción de un camino Assab-Dessié. Es el emperador mismo quien pide la construcción de este camino, solicitando, además, la concesión de una zona franca, reservada a la Etiopía, en Assab. El gobierno italiano acoge favoreblemente estos pedidos. Se espera que las relaciones ítalo-etiópicas cambien de curso. Assab puede ser un punto de irradiación del comercio italiano hacia la Etiopía septentrional.

El camino camionable de Assab a Dessié, de 510 kilómetros de desarrollo total, y ya construido en la medida de un trayecto de 54 kilómetros en territorio italiano, debía favorecer los desarrollos comerciales y civiles de Aussa, una de las regiones más fértiles de la Etiopía y por lo mismo todavía una de las más activas en el comercio de esclavos y en el tráfico de armas. Pero, una vez obtenidas las concesiones, el gobierno de Addis Abeba niega las contrapartidas y no da curso a los compromisos asumidos. La comisión técnica de ingenieros italianos, que debía estudiar y trazar el camino camionable, ni siquiera logra entrar en territorio etiópico. Todo esto no quita que más tarde el emperador se atreva a pedir a Italia la soberanía directa sobre Assab.

No escasean los episodios sangrientos. El 16 de marzo de 1932, un súbdito italiano, el ex coronel Peluso, que había residido en la Eritrea y en el Sudán anglo-egipcio, se transfiere a la Abisinia con fines comerciales y emprende, con motivo de sus negocios, viajes a través de las varias regiones. Tres meses después, en junio, es misteriosamente asesinado en la región del Menia. Se descubre a los asesinos y se los arresta. Pero uno de ellos logra escaparse, y los otros, poco después, son devueltos a la libertad por las autoridades locales.

La prueba de esta deliberada hostilidad etiópica contra los italianos, está en la diversidad de actitudes que el gobierno de Addis Abeba ha demostrado hacia otros países. El 6 de abril de 1929 el gobierno abisinio concede a la « Ethiopian Motor Transport Company », que ya había obtenido la concesión de un camino para automóviles de Gambela a Gore, permiso para construir un ferrocarril desde Gambela, sobre el río Baro, hasta el confín del Sudán, con un recorrido de alrededor de sesenta millas. Se trata de una región rica, que entra en el plan de expansión británica. Igualmente las minas de oro y de platino del Bir Bir fueron concedidas a la sociedad « Pickering and Roppers » de Londres, comprendiendo la concesión una vastísima zona, de la que se excluyen solamente diez kilómetros cuadrados.

No es preciso recordar las recientes concesiones en la zona del lago Tsana.

Tampoco los franceses, que desde hace tiempo gozan de posiciones privilegiadas en Etiopía, pueden quejarse del tratamiento que les depara Addis Abeba. Han obtenido del Negus las concesiones de las minas de platino y de oro sobre el río Bir Bir, que luego han cedido parcialmente a otros. También han obtenido para un sindicato Loucheur-Banco Thalmann de París, a cambio de cinco millones de francos solamente, el monopolio de los tabacos. En cuanto al ferrocarril Djibuti-Addis Abeba, no se necesita hacer ninguna mención particular.

Hasta el remoto Japón ha podido iniciar en gran escala, en la Etiopía, una actividad económica considerable. Ilustra su alcance y su extensión un publicista francés eminente, Maurice Pernot, en un artículo publicado recientemente por el diario Journal des Debáis. En los altiplanos que se extienden entre el valle del Nilo, el Mar Rojo y el Océano Indico, el Japón obtuvo, en el espacio de cuatro años solamente, concesiones por un total de 300.000 hectáreas de terreno fértilísimo para el cultivo del algodón, “ El primer contingente de colonos japoneses, especializados en el cultivo del algodón, se estableció en esas regiones. Eran, en su mayor parte, jóvenes. No llevaban mujeres consigo, habiéndoseles aconsejado casarse con mujeres naturales del país ».

Hay más. Italia todavía no ha logrado, después de treinta y siete años, definir los confines entre la Somalia y la Etiopía. Un acuerdo del 24 de junio de 1897 entre Roma y Addis Abeba establece que dichos confines deben ser fijados a una determinada distancia de la costa. Un sucesivo tratado del 16 de mayo de 1908 precisa que en la definición de las fronteras entre la Somalia y Etiopía habrá que tener en cuenta los derechos de las tribus sobre los campos de pastoreo y los pozos. Cláusula importantísima, que modificaba la línea recta, la línea teórica prevista en 1897, que debía substituirse mediante una nueva demarcación que comportaba

necesariamente curvas en uno y otro territorios. De aquí la necesidad de exploraciones y constataciones en los lugares mismos. Las prescribe explícitamente el artículo 5 del tratado de 1908: « Los dos gobiernos se comprometen a fijar, en práctica, y sobre el terreno mismo, esta línea de frontera ».

Todo esto es muy claro y no es susceptible de excepciones. Pero el gobierno de Addis Abeba, repetidamente invitado y solicitado a iniciar los estudios, se substrajo siempre a sus obligaciones, aduciendo, entre otras cosas, su imposibilidad de enviar a los lugares en cuestión « expertos calificados ».

Esta situación hace que la posesión de las colonias italianas resulte incierta y precaria, y sobre todo hace imposible, resultando demasiado arriesgada, cualquier iniciativa dirigida a valorizarlas. En lugar de servir para la pacífica expansión del pueblo italiano, constituyen un pasivo, dado que las obras emprendidas en ellas no pueden desarrollarse en conformidad con un plan orgánico, un orden metódico, que presupone la colaboración, la buena fe de Etiopía, la constante y progresiva civilización del vastísimo hinterland de sus territorios. Las colonias italianas del África Oriental se encuentran como sofocadas, carecen de la respiración necesaria.

Hay que agregar el permanente estado de guerra, la perenne amenaza de « razzias » y de agresiones en sus confines y más allá de sus confines mismos.

Es historia reciente. Ya en 1912 se produjo en Addis Abeba una vivaz campaña contra Italia, ocupada entonces en la empresa de la Libia. Se quería aprovechar de las hostilidades ítalo-turcas para atacar a la colonia Eritrea. Como de costumbre, el gobierno etiópico promovió y alimentó una odiosa campaña por medio de opúsculos, artículos y canciones injuriosas.

En marzo-abril de 1914 el negus Uolda Ghiorghis, con un cuerpo de tropas calculado en más de 50.000 hombres, avanzó desde el Tigre hasta la frontera. El negus no ignoraba que la colonia estaba desprovista de tropas, habiendo debido enviar muchos batallones a la Libia. Fué necesario llamar telegráficamente de la Libia a los batallones eritreos y hacer partir de Italia tropas metropolitanas y materiales. Se debió, por fin, afrontar una grave crisis económica, que la improvisa amenaza de guerra había producido en Eritrea.

En enero de 1915 el negus Micael preparaba un nuevo plan de ataque contra la Eritrea con tres cuerpos de tropas de 150.000 hombres; plan militar relacionado con una intensa propaganda política entre las poblaciones indígenas. Si Italia, informada en tiempo, se halló en condiciones de evitar por segunda vez el peligro, el hecho no dejó de purjudicarla gravemente no solamente en la Libia, donde ya no le fué posible enviar tropas eritreas, sino también en el curso general de la guerra, pues la obligó a la simple defensiva en el África Oriental, impidiéndole participar a otras eventuales operaciones coloniales.

En 1916 Liyi Yassu promovió en la Somalia un movimiento particularmente grave, que determinó una acción de guerra, en el verdadero sentido de la palabra, en Boluburti.

Después de la guerra fué cuando la arrogancia etiópica cobró formas y modos particularmente agresivos.

En 1920, el Mullan, que se había rebelado contra Italia y los ingleses, fué cordialmente acogido en territorio abisinio, en los confines de la Somalia italiana, cosa que obligó a Italia a tomar nuevas y dispendiosas medidas militares.

En 1922 se tiene la expedición del Fitaurari Aialeu, que pide altaneramente al gobernador de la Somalia exigir el tributo « armata manu » en territorio italiano, por medio de sus tropas, a toda familia de origen etiópico que se hallase en los centros de colonización protegidos por la bandera italiana.

En 1923 los Deyacs Uaké y Uolda Sellassié organizan toda una expedición militar, con abiertas amenazas, que imponen a Italia la adopción de urgentes y conspicuas medidas.

En 1925-26 Italia se halla empeñada en vastas operaciones de policía tendientes a sofocar la rebelión de algunas tribus migiurtinas y a ocupar establemente la Somalia del Norte. El gobierno etiópico aprovecha la ocasión para suministrar armas y municiones a los revoltosos. Y no lo disimula, pues una vez sofocada la rebelión, concede terrenos y pensiones a los jefes de los rebeldes que rehuyen, así, a la justas sanciones.

En 1931 se verifica la expedición del Deyac Gabré Mariam, que amenaza con un golpe de mano en el confín italiano a lo largo del Scebeli.

En 1934 Ual Ual abre la serie de incidentes y agresiones que se repiten casi diariamente contra repartos italianos, contra consulados y correos italianos.

No hay observador imparcial que no reconozca que semejante situación es simplemente insoportable y que atenta contra el prestigio de una gran potencia como Italia. Y no solamente el prestigio, sino también sus legítimos, vitales intereses, su derecho, universalmente reconocido, a una expansión que está justificada por su posición geográfica y demográfica, por la contribución más que bimilenaria que ha dado a la civilización.

UN SIGLO DE MARTIRIO Y DE EXPLORACIONES ITALIANAS EN ETIOPIA

Pellegrino Matteucci atraviesa el África - « El nombre de nuestra fe, de nuestra Patria, de nuestro Rey » - Las iniciativas de Giuseppe Sapeto - Matanza de la expedición Giulietti - El explorador Gustavo Bianchi, muerto en una emboscada - Asesinato de la misión Porro en el Harrar - Estrago de la expedición Cecchi en el Benadir - El gran explorador Bóttego asesinado en la Etiopía occidental - El apostolado del cardenal Massaia - El emperador Teodoro vencido y humillado por el monje - Los estudios científicos del marqués Orazio Antinori - Los esclavos libertados por Italia y transformados en colonos.

Es de por sí un hecho significativo el que esa parte de África, en la cual se han establecido las primeras colonias italianas, Eritrea y Somalia, sea la que intrépidos exploradores italianos han recorrido en todo sentido durante el último cuarto del siglo pasado. Resulta indiscutible la primacía italiana en la exploración de ese vasto triángulo africano, que tiene su vértice en el cabo Guardafui, siendo sus lados el Océano Indico y el Mar Rojo, y su base el Sudán anglo-egipcio.

Recordando a Pellegrino Matteucci, nos colocamos fuera de los límites de las exploraciones corrientes. Matteucci, que en sus dos primeros viajes había recorrido el Sudán y la Etiopía, en el segundo atravesó toda África. Llegado en marzo de 1880 a Cartum, se aventuró en el Cordofan y en el Wadai, tierra esta última que por entonces se consideraba inviolable, a causa de la ferocidad de sus poblaciones, y sobre todo a causa de la actitud hostil del sultán hacia los blancos. Luego, en compañía de Massari, abandonando la idea primitiva de dirigirse hacia el norte para salir por Trípoli, decidió explorar la cuenca del lago Chad y del Níger; llegó a Bornu, donde permaneció tres meses, pasó después a las regiones de Socoto, de Gura, de Nupé, y fué a salir a la bahía de Biafra, en el golfo de Guinea.

Alfredo Oriani, el gran escritor que comprendió, mejor que nadie, las razones históricas de la expansión de Italia en África., recuerda, en una página conmovida, a su heroico y buen compañero de escuela, " Un año duró esa marcha, el desierto se agotó, sus oasis se perdieron en la lejanía y aparecieron ríos, territorios fértiles, valles paradisíacos. Toda la prehistoria fué atravesada, el desierto volvió a aparecer, los montes se perfilaron vírgenes e inaccesibles, los lagos se extendieron inmensos como mares todavía no surcados por el hombre. Y adelante, adelante. La fiebre, que había entrado en la sangre del heroico viajero, lo ardía de noche y lo helaba de día. Pero la marcha proseguía siempre. Cientos y miles de kilómetros iban quedando tras él; el centro había sido superado; otra playa y otro océano lo esparaban. El África estaba vencida, la gloria conquistada ».

De esa travesía portentosa, Matteucci trajo en sus venas el germen de la enfermedad mortal que, a su vuelta a Europa, debía matarlo, en Londres. Murió a la edad de treinta años (1850-1881), sin poder dejar el pleno fruto de su gran viaje científico, realizado por él con la idea fija del honor que habría de derivarle a Italia. Siempre lo sostenía, como escribió, la conciencia de haber hecho, junto con sus compañeros, su deber de italiano. « Nosotros nos gloriaremos siempre de haber llevado el nombre de nuestra fe, de nuestra Patria y de nuestro Rey a través del África ».

Si el último viaje de Matteucci supera los límites de una exploración exclusivamente nacional, pues su importancia científica cobra carácter universal, los viajes de otro italiano, Giuseppe Sapeto, originaron las primeras afirmaciones coloniales de Italia. Nacido en Careare, cerca de Savona, en 1809, Sapeto, ya en edad de sesenta años, en 1896, estipuló en nombre de la Compañía de navegación Rubattino la adquisición de la bahía de Assab con los sultanes Ibrahim y Hassan: la adquisición fué transformada, en 1882, en posesión del Estado italiano. El nombre de Sapeto está, pues, ligado al principio mismo de la historia colonial italiana. Pero, si en 1896 pudo realizar su misión por encargo de la Rubattino, se debe al hecho de que, siendo muy joven había recorrido, como explorador, esa parte de África. En efecto, en 1838, había desembarcado en Massaua, aventurándose luego en el interior del Tigre, y estipulando con un príncipe local un tratado en nombre del rey Luis Felipe de Francia. Entre 1850 y 1860, en compañía de un misionero, había visitado, por encargo de la Propaganda Fide, diversos países

etiópicos; y había vuelto al Tigré, por encargo de Napoleón III. Pero al cabo la Italia resurgida pudo aprovechar para sí. las energías de este su valeroso hijo.

Después de él, ¡ cuántos nombres y cuántas víctimas gloriosas ! La exploración italiana en ese triángulo etiópico es un largo martirologio. En 1881 fué asesinada en Dancalia le expedición Giulietti. Junto con su jefe, un piamontés de poco más de treinta años, cayeron sus diez compañeros, genoveses, napolitanos y sicilianos. Con anterioridad, Giulietti había llevado a cabo un importante viaje científico desde Zeila a Harrar.

Sigue, en 1883, la muerte de Pietro Sacconi, de Placencia, que, movido por intenciones comerciales, pero también por espíritu de aventura y curiosidad hacia lo desconocido, también había recorrido largamente las tierras etiópicas. Quiso, en fin, penetrar en las tierras del Ogaden, situadas en el centro de países somalis, y todavía no visitadas por los blancos. En ellas, marchando hacia el Uebi Scebeli, bien pronto encontró la muerte por mano de los indígenas.

El año siguiente, 1884, es la vez de una personalidad mucho mayor que la de Sacconi, Gustavo Bianchi, que anteriormente había participado a la segunda expedición de Matteucci, de la que en determinado momento se separó, logrando libertar a otro explorador, Cecchi, caído prisionero de una bárbara reina del Ghera, hacia el Goyam. Luego se propuso explorar los países situados entre el centro de la Abisinia y la costa del Mar Rojo; más exactamente, entendía llegar a Assab pasando por la llanura que se llama de la Sal, aridísimo, infernal desierto. Era una empresa temeraria, tanto que Manfredi Camperio y el mismo negus Juan le aconsejaron renunciar a ella. Con obstinación heroica, y después de haber interrumpido la marcha una vez, prosiguió en su viaje, y habiendo sido traicionado por su guía, cayó en una emboscada donde halló la muerte en compañía de sus compañeros Diana y Monari.

Demasiado largo sería narrar una por una estas tragedias de las exploraciones italianas. Después de la matanza de la expedición Porro en el Harrar (1886) se verifica un intervalo de años. La serie sangrienta se reanuda con la matanza de la expedición Cecchi en el Benadir (1896) y de la de Bóttego en la Etiopía occidental (1897).

Bóttego figura entre los grandes exploradores modernos. Si en algunos de sus predecesors la audacia y el espíritu de iniciativa son mayores que el rendimiento científico de sus expediciones, Bóttego, en cambio, ha legado su nombre a obras de importancia geográfica de primer orden, como el reconocimiento del curso del Giuba y el del Orno. En cuanto se refiere al primero, él mismo pudo publicar los resultados de su exploración (El Giuba explorado); en lo que se refiere al segundo, los resultados figuran en el volumen Orno publicado por los supérstites Vannutelli y Citerni, que fueron libertados por Nerazzini.

Vittorio Bóttego sobresale entre la serie de estos exploradores científicos, pero son muchos los que merecen ser recordados a su lado. En primer lugar, el cardenal Guglielmo Massaia, que habiendo penetrado como simple monje en Abisinia, en 1846, permaneció allí por espacio de treinta años, desarrollando, en medio de padecimientos y peripecias, una obra de insigne apostolado. Hasta fué encadenado y conducido ante el feroz emperador Teodoro, quien, frente a la disgnísima actitud del misionero, se quedó estupefacto y se declaró « vencido, por primera vez, por un monje ». Y luego Orazio Antinori, naturalista insigne, que pasó los últimos años de su larga existencia, dedicado a sus estudios, en una localidad del Choa, donde murió, en el año 1882; Antonio Cecchi, autor de la notable obra Desde Zeila hasta las fronteras del Kaffa; Giovanni Chiarini, que murió siendo prisionero de la reina del Ghera, y cerró los ojos lamentando no haber podido dar término a todo el mandato que le había sido confiado por la Sociedad Geográfica Italiana.

Es comprensible que tales precedentes históricos e ideales impusieran a Italia, no apenas ocupó tierras africanas, una rápida y eficaz acción contra la esclavitud. Son típicas, a este propósito, las vicisitudes de la Somalia italiana. Antes de la ocupación italiana, la esclavitud, floreciente como existe hoy en Etiopía, existía en la región del Alto Giuba, en el medio y bajo Scebeli, en el territorio de Bucaraba y en las ciudades de la costa, particularmente en Merca y en Mogadiscio. En Lugh se encontraba un verdadero mercado de esclavos, que afluían de las regiones meridionales de la Etiopía, de las tierras de los Arusis, de los Borana y de los Jima, y en cantidad menor, de la costa Suahli. Aquí los esclavos eran comprados por mercaderes del lugar que los enviaban a Audegle, donde iban a proveerse las cábilas que cultivan las tierras a

orillas de los ríos Uadan, Bimal y Gherra y los habitantes de Merca y Mogadiscio en busca de hombres de fatiga para los más duros trabajos urbanos.

De 1892 a 1907, o sea en el espacio de quince años solamente, la esclavitud desapareció totalmente de las regiones sometidas a la soberanía de Italia. Nada se ha evitado a fin de efectuar este servicio a la causa de la humanidad. Pero la liberación de los esclavos no basta. ¿Qué será de ellos una vez que, libres de sus amos, tendrán que proveer por sí mismos para su existencia? El progresivo sistema de la acción libertadora italiana tiende a resolver también este problema de vida económica y de dignidad social y moral para los esclavos que han vuelto al régimen de hombres libres. No los abandona a mitad camino, después de haberles dado la libertad, sino que los ayuda y los asiste.

Una nueva vida ha florecido entre las gentes rescatadas. La voz, que se difundió en toda Etiopía, ha atraído hacia los territorios italianos gran número de esclavos que huían de sus inhumanos dueños, en busca de libertad y de protección. La población de Libertos, sobre el Uebi Scebeli, y todas las aldeas del Goscia se han constituido, puede decirse, con los esclavos huidos de otras regiones somalis, sobre todo del Alto y Medio Scebeli. Estos infelices encontraban, bajo la protección italiana, un nuevo espíritu y un insospechado valor defensivo. Se reunían en grupos numerosos para luchar contra sus antiguos patrones, que los buscaban por medio de bandas armadas, y para poder cultivar tierras fértiles, a orillas de los ríos.

Las numerosas poblaciones de estos ex esclavos rescatados-por Italia están ya, casi en su totalidad, sistematizadas como colonias, especialmente en los dos comprensorios de Genale y de la Colonia Duque de los Abruzos. Otros grupos se establecieron en la zona de Havai y en el bajo Giuba, donde las Uagoscia (colectividades de las gentes del Goscia) constituyen un típico núcleo. Se han convertido, en todo el sentido de la palabra, en pequeños propietarios cultivadores, que aman sus tierras, a las que se sienten fuertemente vinculados, y contrastan con el nomadismo que todavía caracteriza el género de vida de otras regiones somalis.

Igual cosa ha ocurrido en la Eritrea, donde todavía afluyen esclavos huidos de las tierras etiópicas del Bircutan y del Udcait. La intervención de las autoridades italianas ha sido providencial, al disponer que estos esclavos, rescatados a una existencia bestial, fuesen concentrados en Ducambia, población sobre el Gasc, al sur de Barentú, donde, junto con los medios necesarios para los trabajos agrícolas, se les asignan campos para cultivar, asegurándoseles la más completa libertad de trabajo. El grupo de Ducambia, que en 1932 se componía de alrededor de 60 individuos, ha venido engrosándose rápidamente, en virtud de la considerable afluencia de nuevas gentes que atraviesan el Setit para refugiarse en la Eritrea.

Al mismo tiempo, Italia ha logrado suprimir totalmente, en las aguas territoriales de la Eritrea y en las aguas controlables del Mar Rojo, el tráfico de esclavos, cultivado por los negreros etiópicos para abastecer los mercados de Arabia. El tráfico de carne humana ya no puede encontrar bases de operaciones en las costas eritreas. La frecuencia y la severidad de los puestos italianos de Policía y de Aduana, el personal de los faros pronto para efectuar señales, los cruceros de la Marina, excluyen ya toda posibilidad de contrabando. No es raro el caso de que las autoridades italianas intervengan para libertar, costeando los gastos relativos, en territorio etiópico, a algún esclavo que se encuentra en situación particularmente triste y penosa.

RAZONES DE VIDA, NO IMPERIALISMO

Una expansión en pura pérdida: la emigración - El aumento de la población italiana - ha pobreza de la tierra italiana - La « encuesta agraria » de Esteban Jacini - Una empresa gigantesca: el saneamiento integral - En once años Mussolini ha hecho más del doble de lo que hicieron los viejos gobiernos en medio siglo - La batalla del trigo - Todavía no basta.

Pero, aunque elevadas, no son estas las únicas razones que inducen a Italia a ocuparse del África Oriental. Hay un dato irrefutable que justifica sus aspiraciones y es su necesidad de expansión. Italia realizó tarde su unidad nacional, cuando ya todo el mundo estaba bajo el dominio de otros, y ha tenido que contentarse con tierras pobres e ingratas. Por espacio de muchos, demasiados años, sus hijos han debido emigrar, poniendo su trabajo al servicio de otros Estados, en otros continentes. Más de diez millones de italianos viven lejos de la Madre Patria. Era, la emigración, una dolorosa necesidad, impuesta por las circunstancias y por la injusticia de la historia. Pero hoy esta posibilitad, a la que por otra parte no podría adaptarse un Estado consciente de la propia misión y de los deberes que tiene hacia sus hijos, ya tampoco existe. Después de la guerra mundial, la crisis económica y la desocupación han cerrado todas las puertas.

El Estado italiano, que cuenta ya con una población de 43 millones de habitantes, y que denota un aumento de alrededor de 450.000 almas cada año, no puede ignorar un problema formidable de vida, de existencia. El gran hombre de Estado que rige las suertes del pueblo italiano, Mussolini, examinó, hace diez años, en un discurso memorable, la situación de Italia bajo sus múltiples aspectos e indicó los remedios de extremada urgencia. Estos han sido aplicados con gran energía, pero nadie puede ilusionarse acerca de su eficacia en el porvenir. El saneamiento agrícola integral, la batalla del trigo, emprendidas con una energía de la que solamente Mussolini podía ser capaz, no pueden asegurar largamente la tranquilidad, la paz, el trabajo, al pueblo italiano.

Pocos y esquemáticos datos pueden dar una idea de las dificultades en que se debate el pueblo italianos y de los esfuerzos sobrehumanos realizados por el Fascismo en una serena y objetiva visión de la realidad presente y futura.

Se cree comúnmente que Italia es una tierra privilegiada. Es un error. El que quiera tener una demostración elocuente y fidedigna de ello, puede hojear la famosísima y admirable Encuesta Agraria de Esteban Jacini, publicada en 1884. Es un libro clásico, conocido en todo el mundo, elogiado por todos los economistas de todos los países, un modelo de investigación escrupulosa y de objetividad científica, que podrá ser, tal vez, igualado, pero jamás superado. El senador Jacini fué el relator de una Comisión de doce miembros elegidos entre las mayores compentencias en el campo de la economía agraria. Pocos períodos bastarán para nuestro objeto:

« Italia — escribe el senador Jacini — es un país de montaña, como ningún otro en nuestro continente, exceptuando Suiza, y de altas montañas, en gran parte peladas y escarpadas, o inhospitalarias. De los 288.538 kilómetros cuadrados de su superficie total, casi las dos terceras partes están recubiertas por la cadena de los Alpes y la de los Apeninos; y de estos dos tercios, 56.000 kilómetros cuadrados por lo menos, por ser nevosos, o rocallosos, o pedregosos, se presentan como invenciblemente refractarios a toda producción vegetal; y esto por obra de la naturaleza. ¡ Fuese, por lo menos, productivo el resto de esos dos tercios! Pero no lo es sino en parte y en medida reducida. No encierra más que flacas praderas naturales utilizadas, durante el verano, por el pastoreo nómada; poquísimas selvas de alto tallo en los valles más remotos; extensiones un poco mayores de bosques talares en las faldas más bajas de los montes; el resto, espacios sin valor alguno, pelados, en que crece algún que otro árbol o un poco de hierba.

«En cuanto a los collados y a los altiplanos, casi siempre están recubiertos de una capa escasa de tierra, y frecuentemente predomina el pedrerío depositado por los deshielos en los tiempos prehistóricos.

« La sequía estival del clima italiano no consiente que se recubran de esa vegetación herbácea espontánea que constituye la riqueza natural de los altiplanos y collados que se extienden en la vertiente germánica de la cadena de los Alpes.

« Queda por hablar de las llanuras. Tenemos la gran llanura del Po y otras menores que se extienden a lo largo del Tirreno, en los territorios pisano, grossetano, romano y napolitano; a lo largo del Adriático, en el “ Tavoliere » de las Puglias; y asi también a lo largo de las marinas calabresas, sicilianas y sardas, con espacios menores. Pero los “ Actos de la Encuesta » han evidenciado que la producción, en la llanura del Po, es totalmente artificial, que su suelo, como riqueza de depósitos aluvionales, no es absolutamente comparable con la de los correspondientes terrenos del Escalda y del Rin (Holanda), del Elba (Holstein), del Sena (Normandía), del Danubio (Rumania), de las “ tierras negras » de la Rusia meridional, ni de gran parte de Inglaterra.

« Por lo que toca al celebrado clima italiano, lo cierto es que .la agricultura italiana no puede confiar en él únicamente, debiendo recurrir a la ayuda de otros agentes de producción de que le es posible valerse. La sequía estival dominante perjudica a los forrajes y a todos los cultivos que recaban alimento de la humedad. Ahora bien, ¿no constituyen, acaso, los forrajes uno de los fundamentos de toda racional agricultura ? ¿ Y no bastaría esta circunstancia para asignar una decidida superioridad, por lo que concierne a la agricultura simple, a la vertiente septentrional de los Alpes, donde el sol no es tan vigoroso pero no falta, y las frecuentes lluvias del verano desarrollan una lujuriosa vegetación de hierbas?

« Por todo esto, resulta que Italia, como país agrícola, es uno de los menos favorecidos por la espontánea liberalidad de la naturaleza. En relación con la superficie, muy poca tierra cultivable, y ésta generalmente sometida a los inconvenientes de la sequía y de la malaria ».

Tal es la real situación de la tierra italiana. A pesar de ello, Mussolini, con la decisión temeraria de la fe, no ha vacilado en hacer frente a una situación desgraciadísima, contra el parecer mismo de técnicos expertos, que se preguntaban, asombrados, sobre qué fuerzas desconocidas el Duce creía poder contar.

He aquí las pruebas. Mussolini quiso realizar el saneamiento agrícola integral, redimiendo una parte considerable del territorio italiano. ¿Con cuáles resultados?

Desde 1870 a 1922 los comprensorios de bonificación en que el Estado ha realizado obras tendientes a la redención de la tierra, alcanzaron la extensión total de 1.390.981 hectáreas.

Durante los once primeros años del Régimen fascista, tal superficie aumentó a la cifra de 4.275.611 hectáreas.

Reduciendo las cifras al valor oro actual, se tiene que desde 1870 hasta el 1º de julio de 1933 se realizaron obras públicas de saneamiento hidráulico y de transformación fundiaria por valor de 5.248.3 millones de liras, correspondiendo a la era fascista más de la mitad, y exactamente 3.527.8, invertidos en la aplicación de la Ley Mussolini para el Saneamiento Integral.

Es un esfuerzo gigantesco, si se tiene en cuenta que han debido superarse enormes dificultades de todo género. En el breve espacio de once años, Mussolini emprendió y llevó a cabo colosales obras de bonificación en una superficie doble de la que había merecido la atención de los viejos gobiernos en cincuenta años, y con un gasto también doble.

No puede, pues, decirse que Italia no hace todo lo que está en su poder para valorizar su suelo nacional. Cabe preguntarse, antes bien, si el esfuerzo que realiza en tal sentido alcance siempre compensaciones económicas adecuadas. La ciencia vacila, a veces, en contestar en sentido afirmativo, inclinándose, sin embargo, ante los altos ideales de civilización que el Duce persigue.

Lo mismo puede decirse acerca de la batalla del trigo, que ha tenido pleno éxito, no obstante el escepticismo de algunos técnicos de fama europea. Mussolini quiso redimir a Italia de la dependencia extranjera, restituir al país su autonomía triguera. Y lo ha conseguido, dirigiendo un llamado generoso a todos agricultores de Italia. Sin aumentar la superficie destinada al cultivo del trigo, ha obtenido un mayor rendimiento unitario, elevando la producción total desde un término medio anual de 45 millones de quintales a un término medio de 70 millones.

Así la balanza comercial, sobre la que pesaba sensiblemente la importación de trigo extranjero, se ha aligerado. En 1925, cuando Mussolini inició la batalla del trigo, Italia importaba trigo por valor de 3.800 millones de liras. En 1931, esta cifra se reduce a 75 millones.

No puede pedirse más a un país naturalmente pobre, donde es tan profunda y sentida la solidariedad social, como lo prueban las innumerables obras asistenciales promovidas por el Gobierno y por el Partido fascista. La última es la ley de la semana de cuarenta horas de trabajo, que ha subdividido mayormente «1 pan entre los trabajadores italianos, con el fin de disminuir la desocupación.

Sin embargo, este gran pueblo, que ha dado una contribución imponente a la civilización, no tiene todavía el tenor de vida adecuando a sus méritos, a la función que ejerce en el mundo, en todos los campos del arte, de la ciencia, del pensamiento. En mayo de 1927, un fisiólogo eminente, Carlos Foá, publicó en la revista. Gerarchia un estudio particularmente interesante sobre la alimentación del pueblo italiano. Algunas cifras sugieren amargas reflexiones, " Cada habitante de los Estados Unidos — escribe el eminente sabio — dispone anualmente de alimentos que corresponden a 1.866.260 calorías; un belga consume 1.432.500; un inglés 1.380.000; un francés 1.358.000, y un italiano solamente 910.000. Camis, que ha estudiado atentamente el problema de la alimentación en Italia, observa que no sólo es deficiente el valor energético medio de los alimentos de los italianos, sino que es aún mayor su deficiencia cualitativa, porque escasean las albúminas de origen animal. Estas constituyen el 21% de la energía alimenticia en los Estados Unidos, el 19,3% en Inglaterra, el 7,9% en Francia, 3,4% en Italia ».

¿Quién puede, pues, discutir a Italia, razonablemente, sus derechos en el sentido de una legítima expansión? No se trata de imperialismo, sino de elementales razones de vida.

EL MUNDO DE LOS OTROS

Mirando el atlas - Las posesiones de antes de la guerra: Inglaterra, Francia, Holanda, España, Portugal, Alemania, Bélgica, Italia -Los acrecentamientos coloniales después de la guerra y los mandatos - Adquisiciones de Inglaterra, de Francia, de Bélgica y del Japón - Los amargos desengaños de Italia - El estado actual -La justicia, condición del equilibrio y de la paz entre los pueblos.

He aquí un atlas de antes de la guerra, que indica las posesiones coloniales de los diversos Estados. Comencemos por las más antiguas colonias europeas, las de América. En el Continente Nuevo, los movimientos independizadores habían dejado todavía a Europa un patrimonio considerable.

Inglaterra conservaba en América territorios de más de 10.000.000 de kilómetros cuadrados de superficie, con 9.500.000 habitantes. Francia una superficie de 91.000 kilómetros cuadrados con alrededor de 500.000 habitantes. Holanda 130.000 kilómetros cuadrados con cerca de 170.000 habitantes. Hay que tener en cuenta que la reducida superficie de las posesiones, en parte insular, estaba compensada por las ventajas de la situación geográfica, sobre todo después de la apertura del canal de Panamá.

Lo mismo puede decirse de la Oceanía, donde la aparente pobreza de algunas posesiones estaba compensada por su valor naval y estratégico.

Aquí la mayor parte del territorio era inglesa: más de 8 millones de kilómetros cuadrados, con alrededor de 7.000.000 de habitantes.

Seguían Francia, con una superficie de 21.000 kilómetros cuadrados y 90.000 habitantes; Holanda, con 416.000 kilómetros cuadrados y 300.000 habitantes; Alemania con 241.460 kilómetros cuadrados y 600.000 habitantes; los Estados Unidos con 17.000 kilómetros cuadrados y 278.000 habitantes.

Las posesiones más ricas estaban en Asia.

Inglaterra controlaba la ingente superficie de 5.250.000 kilómetros cuadrados, con una población de 325.000.000 habitantes.

Francia, a su vez, tenía 700.000 kilómetros cuadrados y 17.000.00 de habitantes.

Seguían Holanda con 1.500.000 kilómetros cuadrados y 40.000.000 de habitantes; y Portugal, con los restos de su antiguo poderío, 23.000 kilómetros cuadrados y 830.000 habitantes.

Hay que agregar los Estados Unidos con las Filipinas (240.000 kilómetros cuadrados con 8.500.000 habitantes) y Alemania con el arrendamiento de Kiaochao (552 kilómetros cuadrados con 196.000 habitantes).

Un continente que había caído casi totalmente en poder de los europeos durante el último medio siglo era África.

En vísperas de la gran guerra, Gran Bretaña tenía en África 5.500.000 kilómetros cuadrados de territorio con 37 millones de habitantes.

Francia poseía 10.500.000 kilómetros cuadrados con 29 millones de habitantes.

España 341.000 kilómetros cuadrados con 632.000 habitantes.

Portugal 2.000.000 de kilómetros cuadrados con 9.500.000 habitantes.

Los últimos llegados, Alemania con 2.182.150 kilómetros cuadrados y 11.500.000 habitantes, y Bélgica con 2.365.000 kilómetros cuadrados y 15.000.000 de habitantes.

En resumen, limitándonos a las Potencias europeas, Inglaterra poseía (sin incluir el Egipto y el Sudán, ocupados de hecho pero en forma jurídica incierta) un territorio 90 veces más grande que el metropolitano; Bélgica 80 veces, Holanda 62, Portugal 22, Francia 20, Alemania 5. Italia, con sus posesiones de la Libia, Eritrea y Somalia y la concesión de Tien-tsin, según las estadísticas internacionales, sólo poseía 1.633.000 kilómetros cuadrados de territorio con menos de 2.000.000 de habitantes. Sus colonias representaban, pues, poco más que cinco veces su territorio nacional, y tenían un limitado valor económico y una escasa importancia estratégica.

Abramos ahora un atlas posterior a la guerra. Los colores han disminuido, se han uniformado. Los colores que en el viejo atlas indicaban posesiones europeas se han dilatado

grandemente. Han desaparecido los colores germánicos y no pocos de los que indicaban la autonomía de vastas regiones.

Los colores británicos predominan sobre todos los otros: en Asia el Irak, la Palestina, la TransJordania bajo forma de mandato, con una superficie de 500.000 kilómetros cuadrados y una población de 4 millones de habitantes; en África una parte del Togo y del Cameron, además de toda el África Occidental y parte del África Oriental Alemanas, también bajo forma de mandato, con una superficie de 1.875.950 kilómetros cuadrados y 5.718.000 habitantes; en Oceanía, como mandato, la Tierra de Guillermo, el Archipiélago de Bismark, la isla de Bougainville, las Samoas alemanas, y como posesión directa la isla de Nauru, todo ello con 238.984 kilómetros cuadrados y medio millón de habitantes.

Francia, a su vez, obtuvo en África los mandatos sobre una parte del Togo y parte del Cameron, además de la posesión plena del famoso « bec de canard » que había cedido a Alemania en el Congo en 1911, con una superficie total de 752.200 kilómetros cuadrados y 2.452.800 habitantes; en Asia el mandato sobre la Siria con 200.000 kilómetros cuadrados y 2.800.000 habitantes.

También Bélgica recibió como mandato una parte del África Oriental alemana, los territorios de Ruanda y Urundi: 54.000 kilómetros cuadrados con 4.000.000 de habitantes.

Japón, finalmente, obtuvo el mandato sobre las Marianas, las Carolinas, Palau y Marschall: 2476 kilómetros con poco menos de 100.000 almas.

De este modo, la desproporción de los imperios coloniales aparece sensiblemente aumentada, sin que Italia resultara beneficiada de ninguna manera. En comparación con los 2.614.934. kilómetros cuadrados, poblados por 10.218.000 habitantes, que se sumaron a las posesiones inglesas, y con los 966.722 kilómetros con 7.000.000 de habitantes que se sumaron a las posesiones francesas, Italia pudo obtener, y ello solamente al cabo de años, los 90.000 kilómetros cuadrados del Jubaland con 100.000 habitantes y la rectificación de los confines meridionales de la Libia..

En el actual estado de cosas, las posesiones de Inglaterra comportan 31.364.934 kilómetros cuadrados de superficie y una población de 388.718.000 habitantes. Las de Francia, 12.278.722 kilómetros cuadrados y 53.590.000 habitantes. Las de Bélgica 2.419.000 kilómetros cuadrados y 19.000.000 de habitantes. Las de Italia 1.920.000 kilómetros cuadrados con 2.200.000 habitantes.

Los que pretenden oponerse a la expansión del pueblo italiano, se oponen a la misma causa de la paz y del equilibrio europeo. No puede haber paz ni ningún equilibrio resulta posible donde no hay justicia. Las penetraciones económicas, las concesiones, las zonas de influencia de las que tanto se habla,. son expedientes que no resuelven los problemas de un país. Ninguna obra es duradera y segura cuando no está bajo la protección de la bandera nacional.

La Italia de Mussolini no soportará las imposiciones que mortificaron a la vieja Italia, que todavía no había llegado a elevarse hasta la conciencia de la propia historia. Los 600.000 muertos italianos en la guerra y los caídos de la Revolución Fascista, la autorizan a ser único juez de sus derechos y de sus. deberes.